

CRISTIANDAD

Año XXXII - NUMERO 554

BARCELONA

ENERO 1975

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA



SUMARIO

EN LA NOCHE DE NAVIDAD.
EN LA APERTURA DE LA PUERTA
SANTA

Paulo VI

EL PAPA A LOS JESUITAS

Paulo VI

UN NUEVO BROTE DEL FUNESTO
"QUIETISMO"

Roberto Cayuela, S.I.

EN EL VII CENTENARIO
DE SANTO TOMÁS

Paulo VI

LA "CONSECRATIO MUNDI"
EXIGENCIA DE LA REALEZA
DE CRISTO

Juan Roig Gironella, S.I.

SAN JUAN BOSCO

N. Echave

I— LOS RICOS AL SERVICIO
DEL EVANGELIO. II.— RICOS EN
LAS PARÁBOLAS DE CRISTO

Severiano del Páramo, S.I.

ROCÍO DIVINO o LA LECHE
VIRGINAL DE MARÍA

Primera poesía de Sta. Teresita.

AL MEDIO SIGLO — 1917 EN LA
TEOLOGÍA DE LA AHISTORIA —
1919 LA REVOLUCIÓN EN
ALEMANIA Y EN HUNGRÍA —
XLIX

Luis Creus Vidal

EL PROGRESISMO
ANTICRISTIANO

Fr. Antonio de Lugo, O.S.H.

ANIMOSO DESAGRAVIO CONTRA
"JESUCRISTO SUPERESTAR"

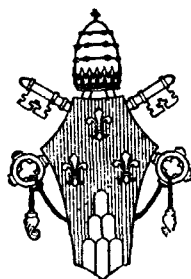
L. C. V.

ADMINISTRACION: Lauria, 15, 3.º-(10)
Teléfono 317 47 33

Director: Fernando Serrano Misas

LA NOCHE DE NAVIDAD

APERTURA DE LA PUERTA SANTA



Nuestra palabra, que ahora se atreve a interpretar la voz de la Navidad y el lenguaje simbólico de este rito jubilar, es sencilla y única: ¡Venid! Sí, hermanos, venid!

¡Pero es palabra polivalente! Por favor, escuchad su repercusión en el fondo de vuestras almas; procurad comprenderla.

En primer lugar, porque quiere ser palabra universal.

A todos, Nos, lanzamos, como un grito de llamada, esta invitación del corazón: ¡Venid! La palabra resuena en esta basílica; pero está dirigida a toda la Iglesia aquí convergente de los cuatro puntos cardinales de la Tierra; ¡venid! como "un solo corazón y una sola alma" (Hechos, 4, 32) a celebrar juntos el Nacimiento de Cristo y a realizar juntos el jubileo de la renovación y de la reconciliación, en el prodigio y en el gozo de la unidad de fe y de amor, cuyo mandato y herencia nos dejó el Señor: ¡Venid!

Y luego la misma palabra, llena de respeto y de esperanza, se derrama donde quiera que el nombre de Cristo expresa una hermandad y reclama su feliz plenitud: ¡Venid! Nos, os conservamos siempre disponible, en torno al único nuestro y vuestro Señor y Maestro, el puesto de honor y de amor, que os es debido en esta Navidad de novedad y de reconciliación: ¡Venid! ¡Es la invitación ecuménica!

INVITACIÓN A LOS NO CRISTIANOS

La invitación se amplía inmediatamente en los grandes círculos de la humanidad no cristiana, con el mismo sonido, pero con acento distinto, si bien no menos respetuoso y cordial; también vosotros, hombres amigos, estáis invitados, también vosotros atentos al encuentro de nuestra fraternidad. Tiembla nuestra voz, de emoción, no de incertidumbre, afirmando que la invitación es también y, en cierto sentido, especialmente para vosotros

que sois solidarios, con nosotros, en Abrahán, de nuestra fe y todavía hijos de su promesa, ya operante en nosotros.

Y todavía no calla nuestra llamada. Quiero difundirse hasta los lejanos, hacia los espíritus vagabundos, solitarios, desconfiados, hacia los corazones cerrados, y hasta hacia aquellos que se han hecho refractarios a la religión y la fe: ¡Venid! ¿Será acaso nuestra palabra una palabra lanzada al viento? En todo caso, no cederá de una virtud secreta propia, que no procede de nuestra débil voz, sino del hecho inconfundible del cual da testimonio: ¡Cristo os espera! El os espera también a vosotros, y a vosotros con amorosa impaciencia: ¡Venid! Vosotros nos preguntáis, hermanos todos, y hombres a los que llega nuestra invitación tan apremiante y tan confiada: ¿Dónde tiene su origen? ¿Qué motivos lo ponen sobre nuestros labios?

No nos pidáis en este momento una respuesta adecuada; os pedimos solamente lo que procede de vosotros mismos y es ésta. Venid porque éste es ya el camino de vuestros pasos. Venid, porque tenéis un deseo inconsciente y una necesidad absoluta de la misma. Venid, porque el camino del hombre está marcado por la dirección hacia la cual Nos os llamamos; digamos la palabra grande: ¡La meta de la vida humana es Dios!, venid; y éos os haremos que encontréis de nuevo al Dios vivo que jamás habéis dejado de buscar. Lo andáis buscando cuando la huella de vuestra vida es sencilla y primitiva, porque casi por atracción natural todos nosotros nos sentimos orientados hacia el polo original y terminal de nuestra existencia; es la síntesis de San Agustín, que esculpe en las famosas palabras éste nuestro destino: “No hiciste, ¡oh Dios!, para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti” (Conf., 1, 1). Y también hoy, cuando nuestra vida no es sencilla, sino complicada en el desarrollo de su pensamiento y de su progreso, la verdad es siempre aquélla, mejor dicho aquélla, más que nunca; porque, ¿dónde desemboca el pensamiento y dónde el progreso en sus conclusiones extremas, cuando no quiera perderse en las tinieblas de la nada, sino en un supremo anhelo, en un himno estático, hacia el Ser absoluto y necesario, que es el Dios de la luz y de la paz?

DIOS META DE LA VIDA HUMANA

Y Nos continuamos reptitiendo para vosotros: ¡Venid!, porque somos pecadores, digámoslo con humilde,

pero sadudable franqueza; lo que quiere decir que, si el prodigio de la Navidad no hubiera sucedido en realidad, ni siquiera podríamos caminar con esperanza; nuestro destino sería desesperado. Nosotros no tenemos capacidad de alcanzar a Dios; pero Dios ha tenido la infinita bondad de venir a nuestro encuentro, mejor dicho, de llegar Él, desde los insondables espacios de su reino, que es misterio, hasta nosotros. Él ha venido a nuestro encuentro, hasta hacerse uno de nosotros, hasta hacerse hombre; y de este modo, “ha aparecido sobre la Tierra, y se ha puesto a conservar con los hombres” (Bar., 3, 38). Éste es el Evangelio, ésta es la Navidad. ¡La Navidad! El punto de contacto vital entre el Verbo de Dios, Dios mismo con el Padre y con el Espíritu Santo, y nosotros, gentes de este minúsculo planeta, que es la Tierra; Emanuel es su nombre, que justamente quiere decir: “Dios con nosotros” (Mat., 1, 23; Is., 7, 14).

DIOS HA VENIDO A NUESTRO ENCUENTRO

Pero entonces, parece que deberíamos decir que no hace falta más; si Él ha venido a nosotros, no es necesario que nosotros vayamos a Él ¿No se ha logrado ya la solución definitiva de nuestros problemas? ¿No está ya asegurada la salvación?

Escuchad por última vez nuestra invitación, hermanos y hombres de buena voluntad; invitación, que repetimos una vez más, a dar los pasos que nos faltan aún por dar, a fin de que el encuentro se realice y se consume en el abrazo, más aún, en la comunión con Cristo, el Dios hombre, nuestro Salvador, nuestro Regenerador en el orden de la vida sobrenatural que nos ha sido destinada. ¡Venid! Dos son los pasos que hemos de dar nosotros, pasos insignificantes respecto a la distancia que Jesús, el Mesías divino, ha salvado para aproximarse a nosotros, pero pasos extraordinariamente importantes para nosotros y no exentos de dramáticas dificultades por nuestra parte.

NUESTRA DEBIDA RESPUESTA DOS PASOS NUESTROS AL ENCUENTRO DEL SEÑOR

El primer paso, el gran paso, que humilla nuestro abusivo orgullo de presunta autosuficiencia, pero que amplía nuestro espíritu hasta proporciones inmensas y exaltantes de la Palabra reveladora de Dios, es la

fe. Ante el umbral del Belén, del Evangelio, de la salvación está la fe. Por nuestra parte, es necesaria la fe; debemos creer en el reino de Dios, que se ha abierto ante nosotros, y decir con el anónimo personaje evangélico: "Creo, Señor; ayuda mi incredulidad" (Marc., 9, 24).

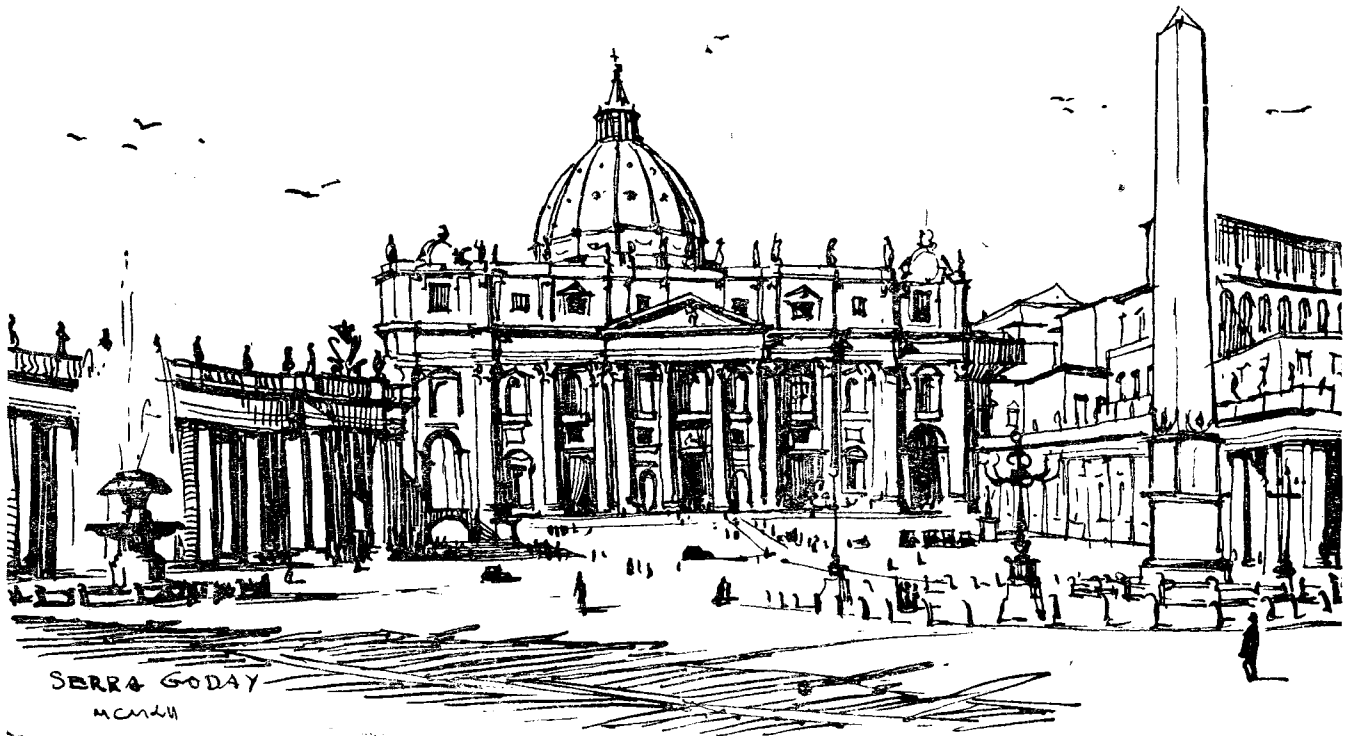
El segundo paso que la celebración del jubileo, con su sencilla, pero profunda disciplina espiritual y con la apertura simbólica de sus puertas de misericordia y de perdón, quiere significar, es el paso de la metamorfosis interior, el paso valiente de la verdad moral, el paso evangélico del hijo pródigo que vuelve a la casa paterna, el paso que el Padre espera e in-

teriormente inspira y hace gozoso; digámoslo, es el paso de la conversión del corazón: "Me levantaré e iré".

Cada uno de nosotros puede dar este paso, y debe darlo. En el fondo, ¡es tan fácil! ¡Resulta tan feliz!, ¡tan dulce! Es el paso que estamos dando. El paso de Navidad al Año Santo, que juntos hemos inaugurado esta noche.

¡La Iglesia está con nosotros! ¡Que lo esté también el mundo! Con estos deseos en el alma, continuemos ahora nuestra oración.

("O. R.", 27-28 de diciembre de 1974; original italiano; traducción de ECCLESIA.)



EL PAPA A LOS JESUITAS

“L’Osservatore Romano” del día 4 de diciembre pasado publicaba el texto latino de la alocución del Santo Padre a los Jesuitas con los siguientes titulares:

“El Santo Padre Pablo VI a la Compañía de Jesús. — Un nuevo empuje apostólico en la confirmación de los elementos esenciales de la vocación de los Jesuitas. — Momento decisivo en la vida de la Orden. — El especial voto de unión con el Papa. Los peligros de nuestro tiempo. El doble carisma de la fidelidad y del servicio. Exhortación al discernimiento, a realizar una elección de fondo, a la disponibilidad para la obediencia”.

El martes, 3 de diciembre, en la Sala del Consistorio, el Santo Padre recibió a los Padres de la Compañía de Jesús participantes de la XXXII Congregación General, que se celebra en Roma, junto a la Curia Generalicia, bajo la presidencia del Prepósito General P. Pedro Arrupe, que encabezaba el nutrido grupo de Capitulares. El mismo P. Prepósito General, al comenzar la Audiencia, dirigió al Santo Padre una devota salutación de homenaje, en la cual, entre otras cosas, recordó la coincidencia con la solemnidad litúrgica de un gran Santo de la Compañía de Jesús, San Francisco Javier, Apóstol de las Indias, proclamado Patrono de las Misiones.

He aquí el discurso dirigido a los jesuitas por el Santo Padre en sus fragmentos esenciales:

Venerables y muy queridos miembros de la Compañía de Jesús: Al admitiros de nuevo a Nuestra presencia, otra vez conmueven Nuestro ánimo aquella alegría y aquella preocupación que Nos afectaron, tanto el día 7 de mayo de 1965, cuando comenzó la XXXI Congregación General de vuestra Compañía, como el día 15 de noviembre del año siguiente, cuando terminó la misma Congregación.

Concedemos gran importancia a este encuentro de hoy: tanto, porque marca el comienzo de las tareas de la XXXII Congregación General, que tradicionalmente brinda ocasión de un coloquio como éste, como por su significación, que pasará a la historia, no limitada por las peculiares circunstancias de esta audiencia. Porque se trata de la Compañía de Jesús entera, que, después de más de cuatro siglos de camino, se congrega en Roma, ante el Sumo Pontífice, y quizá dirige su pensamiento a las palabras proféticas que se oyeron, en visión, cerca de la Urbe, en el lugar vulgarmen llamado “La Storta”. Yo os seré propicio en Roma.

**Esta audiencia
pasará a la historia**

Vosotros os dais cuenta, como Nos mismos Nos damos, de que esta hora es como decisiva para Vuestra Compañía; lo que hace que os afluyan a la mente recuerdos, afectos del alma, presagios, que miran a Vuestra suerte futura y a Vuestro papel en la vida de la Iglesia.

**Hora decisiva
para la Compañía**

Nos damos perfecta cuenta de la peculiar gravedad de este momento, que requiere de vosotros no el acostumbrado y ordinario cumplimiento de vuestra

tarea sino más bien una consideración diligente y sintética, libre y plena, del estado presente de vuestra Compañía; para deducir en consecuencia cuales son las dificultades y los problemas que hoy la oprimen. Y todo esto debéis cumplirlo con extraordinaria sagacidad y guiados exclusivamente por el espíritu sobrenatural; ya que vuestro estilo de vida religiosa debe confrontarse con lo que pasa en el mundo y en vuestra Compañía; por tanto conviene que escuchéis solamente al Espíritu Santo, siguiendo el impulso y la luz del Magisterio eclesiástico; y por eso al tomar las oportunas decisiones debéis mostraros humildes, animosos y firmes; **PARA QUE NO SE PROLONGUE MÁS LA INCERTIDUMBRE QUE, SI NO SE CORTA SE PREVÉ CARGADA DE PELIGROS.** Pero todo esto lo habéis de llevar a cabo con confianza.

Nos mismo, que con ocasión de la anterior Congregación General os asignamos el cometido especial de combatir el ateísmo y consideramos esto como el modo contemporáneo de cumplir vuestro voto de obediencia al Sumo Pontífice, hoy, en el comienzo de vuestras tareas que la Iglesia universal contempla, de nuevo Nos dirigimos a vosotros, con el propósito de confirmaros y de incitaros a la meditación; en vosotros contemplamos, como reducida a la unidad vuestra gran familia religiosa, que se detiene un momento y se pregunta qué camino seguirá en adelante.

Por eso, si preguntamos: *¿De dónde venís?*, Nos parece escuchar una voz, como voz de *muchas aguas*, que arranca de siglos ya remotos, y es la voz de todos nuestros compañeros, que claman a una: Venimos de Ignacio de Loyola, nuestro Fundador; venimos de aquél que imprimió sus huecas indelebles, no sólo en la Familia religiosa por él fundada, sino en la Iglesia universal, en lo que toca al estilo de la piedad cristiana y del apostolado.

Con él venimos de la ciudad de Manresa, de la sagrada gruta que fue testigo de las elevaciones espirituales progresivas, que su alma grande experimentó, desde la serena paz de que gozan los principiantes, hasta las purificaciones que se tienen como “noches del espíritu”, y hasta el ápice de las gracias místicas, que logró por las visiones de la Santísima Trinidad. Entonces se vislumbraron los primeros trazos de aquella obra que tanto influyó en los siglos sucesivos para fomentar la piedad de los cristianos, dirigiendo sus almas a Dios: nos referimos a los *Ejercicios Espirituales*, que, entre otras cosas, enseñan al cristiano a ofrecer “con grande ánimo y libertad con su Criador y Señor, con todo su querer y libertad, para que de su persona y de todo lo que tiene, se sirva conforme a su santísima voluntad”.

La novedad de este Instituto Nos parece que está en que vuestro Padre Legislador se dio perfecta cuenta de las necesidades de su tiempo, que pedían que los hombres estuviesen absolutamente disponibles, preparados a dejarlo todo y a recibir cualquier encomienda sugerida por el Romano Pontífice para el bien de la Iglesia, todo y siempre supeditado a la gloria de Dios: *Ad Maiorem Dei gloriam*.

Así os quisieron vuestros mayores; así habéis nacido: son hechos que, por así decirlo, definen en cierto modo vuestra Compañía, como se desprende de sus antiguas fuentes; y establecen sus principales líneas; y le atribuyen además aquella fuerza dinámica que, en el correr de los siglos, ha mantenido a vuestro Instituto.

Deberá guiarse sólo por el espíritu sobrenatural para que no se prolongue más la incertidumbre

La Compañía debe combatir el ateísmo hoy, por obediencia al Papa

Los jesuitas vienen de San Ignacio, de las gracias místicas que recibió en Manresa

San Ignacio quería a los jesuitas disponibles a las sugerencias del Papa

Este espíritu funcional define a la Compañía

Los jesuitas son religiosos consagrados a la imitación de Cristo, a la oración y al culto divino, liberados de todo impedimento mediante sus votos

Como religiosos, evitad cuidadosamente que nadie se acomode a la mentalidad moderna despojada de lo sacro

Sois Apóstoles enviados por Cristo a predicar su santa doctrina

La Orden se fundó para la santificación de los hombres

El cuarto voto núcleo de los jesuitas

No se debe deformar la Compañía de San Ignacio

Como más brevemente lo dijimos en nuestra carta *In Paschae sollemnitatem*, sabemos que sois miembros de una Orden religiosa, apostólica, sacerdotal, unida al Romano Pontífice con un vínculo totalmente singular de amor y de servicio, tal como se expone en la *Fórmula de vuestro Instituto*.

Sois, pues, religiosos; y por tanto varones dedicados a la oración y a la imitación evangélica de Cristo; y dotados del espíritu sobrenatural, mencionado que cuidadosamente defienden y protegen los votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia.

Como religiosos, sois hombres que mantienen la serenidad de la vida, para poder así imitar al Hijo de DIOS, *que se aniquiló a sí mismo, tomando forma de siervo* (Phil, 2, 7), *que por vosotros se hizo pobre, siendo rico; para que, con su pobreza, enriquecierais vosotros* (II Cor. 8, 9); como religiosos, pues, cuidad mucho para que ninguno —como en la citada Carta decíamos— **SE ACOMODE FÁCILMENTE A LA MENTALIDAD QUE, DESPOJADA DE LO SACRO, SE INCLINA A TANTAS FORMAS CONTEMPORÁNEAS DE PRAGMATISMO.**

Además sois *apóstoles*: esto es, pregoneros del Evangelio, que vais enviados, a cualquier parte que sea, según vuestra auténtica índole, que distingue a vuestra Compañía: varones que el mismo Cristo envía al mundo entero, a derramar su santa doctrina entre los hombres de todo orden y toda condición. Ésta es ciertamente la fundamental y del todo necesaria característica del fiel discípulo de Ignacio que, en los Ejercicios y en las Constituciones, puede con abundancia encontrar los estímulos para practicar sus peculiares virtudes.

El sacerdocio es del todo necesario a una Orden que se fundó para que, ante todo, se ocupase de la santificación de los hombres, por la Palabra divina y los Sacramentos.

En fin, *estáis unidos con el Romano Pontífice, por voto peculiar*; ya que tal conexión con el sucesor de Pedro, que es el principal núcleo de los miembros de la Compañía, siempre confirmó y hasta visiblemente significa una especial comunión con Cristo, primero y supremo jefe de esta Compañía.

De ningún modo cabe, pues, dudar de que una mayor y más intensa preocupación por insistir en el camino hasta aquí recorrido y en conservar vuestro propio carisma constituirá la renovada fuente de espiritual apostólica fecundidad.

Todos debemos vigilar para que las reformas que necesariamente se establezcan no lleven consigo detrimento del modo de ser natural del cuerpo, de su *identidad*, de la singular personalidad de los miembros de la Compañía de San Ignacio, como, contenida en la *Fórmula Instituti*, tanto la tradición histórica como las costumbres propias de la Orden establecen y la sincera interpretación de nuestro tiempo todavía parece exigir. Esta imagen no *puede ser* adulterada ni deformada.

Ni hay que denominar exigencia del apostolado a lo que no debe llamarse sino disminución y corruptela de la vida espiritual; pues, como se dice que San Ignacio claramente advertía, el miembro de la Compañía que se dedica al apostolado debe evitar cuidadosamente el olvidarse de sí para cuidar de la salud de los demás; ya que no sólo no le está permitido cometer el más pequeño

pecado para el lucro espiritual, sino que no puede exponerse al peligro de pecar.

Si vuestra misma Compañía se mete en la dificultad, si avanza por caminos cargados de peligros, que no son los suyos propios, traerá sin duda perjuicio a todos aquellos cuya educación y formación cristiana están tan ligados a los hijos de San Ignacio.

Ahora bien, como vosotros los sabéis igual que os, es notorio que entre algunos grupos de la familia Ignaciana se advierte una grave incertidumbre; más, se advierten ciertos modos de obrar y de pensar, con los que puede ponerse en duda la misma autenticidad de vuestra vida religiosa. El miembro de la Compañía, como sumariamente lo hemos descrito, por su misma naturaleza es un animador espiritual, que cultiva a los hombres de su tiempo para la vida católica, como sacerdote y como apóstol, que ésta es su propia personalidad.

Ahora bien, proponemos unas cuantas cuestiones, que os las debéis proponer también vosotros, para examinar diligentemente vuestra vida y confirmar vuestras almas. ¿Cómo anda entre vosotros la preocupación por la oración, la contemplación, la sencillez de vida, la pobreza, el uso de los sobrenaturales auxilios? ¿Cómo anda la adhesión de la mente y la sincera profesión de las verdades que se refieren a los fundamentales capítulos de la fe y de la doctrina Moral Católica, conforme se proponen por el Magisterio de la Iglesia? ¿Cómo anda la voluntad de colaborar con toda confianza con el Romano Pontífice? Aquellas *nubes que cubren el cielo*, que advertíamos el año 1966, aunque *en gran parte se desvanecieron* con las consultas de la XXXI Congregación General (AAS 58, 1966, p. 1.174) ¿no siguen desgraciadamente arrojando sombras sobre Vuestro Instituto? Ciertos hechos lamentables, que dejan la duda de si alguno pertenece aún a la Compañía, se dan con demasiada frecuencia; y se os denuncian de todas partes, principalmente por los Pastores diocesanos y aportan perjuicio al mismo clero y a los demás religiosos y seglares católicos. Estos hechos piden de vosotros y de Nos una abierta manifestación de dolor; no para que de nuevo volvamos a ocuparnos de ellos; sino para que, uniendo esfuerzos se pongan los remedios oportunos, con los cuales la Compañía de Jesús permanezca tal, o de nuevo vuelva a ser, como se requiere y como debe ser, para que pueda hoy responder al propósito del Fundador y a la espectación de la Iglesia. Es necesario que se investigue cuidadosamente el estado de vuestra Compañía, para que se conozcan por la experiencia las condiciones de los hombres y de las cosas; pero es necesario también —y esto conviene repetirlo— que, según el sentido espiritual y según la luz de la fe, se forme juicio de las medidas que hay que adoptar, del camino por donde es preciso avanzar, teniendo en cuenta la voluntad de Dios, que exige el que estemos del todo dispuestos a su beneplácito.

El mundo de hoy pone en tela de juicio nuestra mentalidad religiosa y a veces hasta el mismo juicio de nuestra fe: es decir, los hombres de nuestros días tanto confían en cierto profano e increíble humanismo y tanto conceden al juicio de su razón, sin relación alguna con la religión, que juzgan que toda la obra de su desarrollo, tanto personal como social, ha de realizarse exclusivamente con las fuerzas humanas; mientras que, según nuestra sentencia, somos hombres de Dios y la transformación en Cristo ha de hacerse por la fe en el Dios viviente, por la imitación de Cristo cuanto más absoluta, mejor, por la elección de la cruz y de la guerra contra el maligno y contra el pecado.

**En ciertos jesuitas,
sin embargo, se advierte
una gran incertidumbre**

**Hechos lamentables
demasiado frecuentes**

**Unir esfuerzos a la luz
de la fe para que la
Compañía de Jesús
responda hoy al
espíritu del Fundador**

No hay que confiar en las fuerzas humanas, sino transformarse en Cristo por la fe y por la guerra contra el maligno y el pecado

Os proponemos la fidelidad a la tradición, la fe y la institución de vuestro Fundador y el ministerio de caridad en favor de los hombres

Caridad y fidelidad no se oponen: hay que amar a los hombres en el amor y con el amor de Jesucristo

La obediencia, característica propia de la Compañía

¿Os acordáis de aquellas palabras: *Bajo el estandarte de la Cruz, militar para Dios y servir... a sólo Dios y al Romano Pontífice?*

Por lo cual, en el camino que emprendéis al finalizar el siglo y que el Año Santo marca con óptimos augurios para dirigir la vida a Dios plenamente, os proponemos un doble carisma, propio del apóstol, que debe asegurar la identidad de vuestro Instituto e iluminar del todo vuestra doctrina, vuestras casas de estudio, vuestras revistas, vuestros escritos: el primero, la *fidelidad* no estéril o inerte, sino vivaz y fecunda, hacia la tradición, la fe y la institución de vuestro Fundador; para que sigáis siendo *sal de tierra y luz del mundo* (cfr. Mt. 5, 13, 14).

Guardad el buen depósito (cfr. I Tim., 6, 20; II Tim. 1, 14) *Revestíos de la armadura de Dios para poder manteneros contra las asechanzas del diablo. Porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los Principados, contra las Potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los Espíritus del mal que están en las alturas. Por eso, tomad las armas de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y después de haber vencido todo, manteneros firmes.* (Ef. 6, 11, 13.)

Y en segundo lugar, tenéis el carisma de la caridad, esto es, del *Ministerio*, que debéis realizar con ánimo esforzado en favor de todos Nuestros hermanos los hombres, que tienden como nosotros al siglo futuro.

En nuestros días, uno de los dos carismas, el segundo, atrae con sobrada vehemencia: obrar parece mejor que ser; trabajar, mejor que contemplar: la vida concreta parece más necesaria que la consideración abstracta; de donde ha venido a ocurrir sue la teología deductiva ha cedido el puesto a la inductiva de donde quizá ha parecido poderse concluir que los respectivos aspectos de la fidelidad y de la caridad se repugnaban. No puede ser así; y bien lo comprendéis: todos los carismas proceden del Espíritu Santo, que es amor. Jamás los hombres se amarán demasiado; pero esto es verdad solamente cuando se aman en el amor y con el amor de Cristo.

En fin, de nuevo os traemos a la memoria la pronta voluntad de obediencia, que parece ser propia y peculiar característica de vuestra Compañía. *En las otras órdenes* —escribía San Ignacio en su carta del 26 de marzo de 1553— *la utilidad puede percibirse en los ayunos, vigiliias y otras asperidades...; pero yo deseo principalmente, hermanos muy queridos, que los que en esta Compañía sirven al Señor sean eminentes en la pureza y perfección de la obediencia, por la verdadera renuncia de nuestras voluntades y la abnegación de nuestros juicios.*

La Compañía espera una voz decretoria ¡Cuidad de que esto no se siga echando de menos más tiempo!

UN NUEVO BROTE DE FUNESTO «QUIETISMO»

ROBERTO CAYUELA, S. J.

Al ver con triste sorpresa y con justificado estupor las cosas que vemos en nuestros días, se inclina uno a pensar que todos los errores doctrinales y morales de las épocas pasadas, en relación con la fe y las costumbres cristianas, se han dado cita para reaparecer de nuevo en el horizonte de la Iglesia; y así, oscurecer las mentes de los fieles, perturbar sus conciencias y trastornar sus vidas.

Entre otros muchos errores antiguos, uno de ellos, el del "Quietismo", ha levantado cabeza en nuestros confusos tiempos. Se muestra redivivo en varios grupos y "Movimientos" modernos; y de un modo singular en las llamadas "Comunidades de neo-catecumenado", que en términos vulgares (muy vulgares), se denominan a sí mismas "Movimiento Quico".

Si no en todas las personas afiliadas a dicho Movimiento, pero sí en no pocas de ellas ha aparecido un nuevo brote del trasnochado error *quietista*. Y con ser cosa tan peligrosa y grave este brote en el citado Movimiento, sería menos trascendente su maléfico in-

flujo si se limitara a solo él; pero lo peor es que también en otros grupos o Movimientos (como ahora se los denomina), surgen, acá y allá, brotes semejantes del proscrito "Quietismo".

Ya, pues, que en la doctrina y en la vida cristiana es cosa tan importante la cooperación activa del hombre con Dios en la auténtica vida espiritual, la propia del cristiano, en su niversal vocación a la santidad; y que es precisamente lo que ataca y niega el error *quietista*; tenemos por muy conveniente exponer, en primer lugar, las diversas formas de este error *quietista*, con sus funestas consecuencias y su condenación por la Iglesia; y recordar después, en breve síntesis, la doctrina verdadera y segura de la Teología Católica, en su rama de Teología espiritual, conforme al Magisterio de la Iglesia, acerca de la cooperación activa del hombre con Dios, en orden a la perfección de su vida cristiana, y aun a su eterna salvación, o consecución de su último fin sobrenatural.

1.º EL ERROR DEL QUIETISMO

¡Cuán cierto es que la verdad suele estar *en el medio*, entre dos errores opuestos; como también que estos errores opuestos se entienden con más claridad cuando se yuxtaponen, o se muestran uno frente a otro; y después se comparan con la verdad!

De aquí proviene, en nuestro caso, la gran conveniencia de exponer previamente los dos errores opuestos que en la sucesión de los siglos cristianos han aparecido sobre la acción de la gracia divina, y la acción también de la voluntad y actividad humana, en la vida espiritual.

Por una parte, el error de los que lo atribuyen todo a la acción del hombre y al poder de su voluntad; y, por otra parte, el error de los que piensan y sostienen que es la gracia de Dios la que lo hace todo, y relegan al hombre a una mera y absoluta pasividad en cuanto concierne a su salvación y santificación;

de ahí, el apropiado nombre con que es conocido este error: Quietismo.

a) Cuanto a lo primero, recordemos que en el siglo v, el monje sajón Pelagio, siguiendo los principios morales de los paganos Estoicos, exageraba de tal manera la parte de la voluntad humana y de su actividad en atender a su perfección cristiana, y aun en procurar su eterna salvación, que llegaba a negar la parte de la gracia divina en lo uno y en lo otro; y así vino a parar en los graves errores, conocidos con el nombre de Pelagianismo.

Pero eran tan afiladas las aristas y tan puntiagudos los extremos del error pelagiano, que surgieron, en el mismo siglo v, otros teólogos, mayormente entre los monjes de las Galias y del norte de África, cuyo intento primero fue suavizar aquellas aristas y embotar aquellas puntas del error pelagiano, para que no

hiriesen tan cruentamente. Fueron los llamados Semi-pelagianos, que aun sin incurrir en los crasos errores de Pelagio, enseñaban todavía doctrinas y perfección; con evidente y erróneo menoscabo de la necesaria y principal acción de la gracia divina.

Contra ambos errores combatió denodadamente San Agustín, suscitado con singular providencia de Dios en su Iglesia, para que fuese, como en realidad lo fue, el gran Doctor de la Gracia; pues fundándose en la Sagrada Biblia y en la Tradición Apostólica, y ateniéndose con docilísima obediencia al Magisterio de la Iglesia, enseñó con incomparable sabiduría cristiana lo que es de parte de Dios, y lo que debe ser de parte del hombre, en la obra de su salvación y santificación. Con lo cual quedó patente la armónica concordia entre la acción de la gracia divina y la cooperación de la voluntad y actividad humana, en los actos saludables, merecedores por lo mismo de vida eterna.

Pasados los tiempos de aquellas agitadas controversias, volvieron después a levantar cabeza los errores pelagianos y semipelagianos, con el nombre del error *naturalístico*; primeramente, en el siglo IX, por obra de Juan Escoto, en su impugnación del predestinacionismo; y más tarde, en los siglos XV y XVI, por el orgullo de muchos *humanistas*. También en nuestra época, más ya fuera por completo de la Iglesia y aun de la misma fe cristiana, por la increíble soberbia de los llamados *filósofos* del siglo XVIII y XIX, con Juan Jacobo Rousseau a la cabeza.

En nuestros mismos días, al exponer luminosamente el gran Papa Pío XI, en su Encíclica "*Misereantissimus Redemptor*", de 8 de mayo de 1928, el deber de la expiación y reparación, que junto con el de la consagración, es el propio del culto al Sagrado Corazón de Jesús; hubo de constatar la triste realidad de que este deber de la expiación y reparación, "*que incumbe a todo el género humano ..., lo niegan los orgullosos sabios de nuestra edad, que siguiendo el antiguo error de Pelagio, se jactan de enaltecer un cierto nativo poder de la humana naturaleza, que por sus propias fuerzas puede progresar hasta las más elevadas alturas*"; "*pero (añade Pío XI), estas falsas ficciones de la soberbia humana, ya las rechazó el Apóstol San Pablo*".

b) En diametral oposición a todos estos errores, que coinciden en atribuirlo todo a las fuerzas del hombre libre, capaz, dicen, por sí mismo de todo progreso y perfeccionamiento moral; negando juntamente o menoscabando la acción de Dios y de su gracia; se yerque con fingida humildad, pero en el fondo con orgullosa desobediencia a la autoridad de Dios en su

Revelación, y a la autoridad de la Iglesia en su Magisterio, el error de los que todo conato del hombre, toda actividad propia, ya para rechazar las tentaciones, corregir los defectos y adquirir las virtudes, ya también para aplicar el ánimo a la oración, meditación y contemplación, lo tienen como cosa mala, o menos buena, y por ende vitanda; puesto que impide la acción de la gracia en el hombre y su verdadero progreso espiritual; por lo que el hombre debe sencillamente dejarse llevar de la divina gracia, y proceder siempre con mera y absoluta pasividad.

De todo esto, como bien se ve, manan derivaciones o conclusiones del todo erróneas acerca de la oración en sus diversas formas, acerca de la resistencia a las tentaciones, acerca de todo ejercicio de la piedad cristiana, y aun acerca del uso de los Sacramentos.

Este error se ha designado con el nombre genérico de "*Quietismo*"; pero se ha presentado en muy variadas formas, desde la Edad Media, con los "*Hermanos del espíritu libre*", y los "*Beghardos*", condenados en el Concilio Viennense; después, en el siglo XVI, con los "*Iluminados o Alumbrados*"; pero sobre todo en el siglo XVII, con el principal cabecilla y representante de estas falsas doctrinas, que fue Miguel de Molinos.

Nacido en Muniesa (Aragón) en 1640, pasó la mayor parte de su vida en Roma, donde esparció sus errores por medio de sus conversaciones y sus cartas, y sobre todo con dos libros que tuvieron mucha divulgación e hicieron gran riza en las almas: "*La guía espiritual*" y "*La oración de quietud*"; por todo lo cual, y en vista de lo pernicioso de su propaganda doctrinal, fue finalmente recluido en un Monasterio, donde fortalecido por los Sacramentos de la Iglesia, previa la abjuración de sus errores, murió el año 1966.

El Quietismo de Molinos fue resucitado, aunque en forma notablemente mitigada, por Fenelon, en Francia; y también, aunque sin las inmorales consecuencias que había deducido el ilustre orador y escritor, por Madame Guyon, que habiendo quedado viuda muy joven, se entregó ardientemente a una piedad emocional e imaginativa, que llamó ella "*la vía del puro amor*", pero que estaba inficionada de errores quietistas.

Otras tendencias semi-quietistas han ido apareciendo posteriormente en diversos libros de piedad, poco fundados en la sana doctrina ascética y mística; hasta que en nuestros turbulentos días se está mostrando redivivo el típico Quietismo de Molinos, a lo menos en sus puntos sustanciales, entre varias personas de diferentes grupos, sobre todo en no pocos se-

cuaces de las "Comunidades de neo-catecumenado", como hemos advertido al comienzo de este artículo. Por ello, será conveniente recordar los más destacados errores del Quietismo.

Con el título "*Errores de Miguel de Molinos*", fueron condenadas en el Decreto del Santo Oficio, de 28 de agosto de 1687, y en la Constitución "*Caelestis Pastor*", de 26 de noviembre del mismo año, nada menos que 68 proposiciones; y fueron condenadas "*como heréticas, sospechosas, erróneas, escandalosas, blasfemas, ofensivas a los piadosos oídos, temerarias, relajadoras de la disciplina cristiana, subversivas y sediciosas, respectivamente*" (El Magisterio de la Iglesia, Edit. Herder, 1955; págs. 308-314).

El principio fundamental del Quietismo lo expuso Molinos en las proposiciones núm. 2 y 5 de las antes citadas: "Querer obrar activamente es ofender a Dios, que quiere ser Él el único agente; y por tanto, es necesario abandonarse uno a sí mismo, todo y enteramente en Dios; y luego permanecer abandonarse uno a sí mismo, todo y enteramente en Dios; y luego permanecer como un cuerpo exánime... No obrando nada, el alma se aniquila, y vuelve a su principio y origen, que es la esencia de Dios...; el alma se aniquila en el único Ser operativo".

A este tenor, se va exponiendo en las restantes proposiciones la doctrina y las aplicaciones prácticas de que en la vida espiritual, Dios es el único operante con la acción de su gracia; y que el hombre debe permanecer en una completa y absoluta pasividad.

Aun sin llegar a tales extremos, pero con manifiestos resabios del error quietista, han ido apareciendo opiniones semejantes; ya del todo rígidas, como las

de los que extienden esa total pasividad aun a los actos prescritos por Dios y por la Iglesia, v. gr. los actos de fe, de esperanza, de penitencia o conversión, etcétera; ya más mitigadas, al reducir dicha pasividad del hombre a solos yos actos que no caen bajo precepto ninguno.

De una y otra manera, al coartarse en exceso la parte de la propia actividad, y aun suprimirse en la práctica; se desecha la corrección de los defectos y la enmienda de la vida; se fomenta la indolencia, la pereza y el sentimentalismo; se confunde la veleidad ineficaz del afecto con la verdadera caridad que debe ser juntamente afectiva y efectiva; ferviente y operante, y aun sacrificada; de todo lo cual provienen muchas ilusiones engañosas y una vida de orgullosa presunción.

Todo ello, en mayor o menor escala, es una subversión del presente orden de la Divina Providencia; pues se atreve a someter la autoridad de la Ley divina positiva y de la Iglesia a la propia interna inspiración humana: lo cual como salta a la vista, se da la mano con el tan extendido subjetivismo moderno, y la exaltación del propio parecer y de las fuerzas innatas al hombre.

Contradice también todo este amasijo de errores a la unánime tradición de los Santos, insignes y seguros aesters de la vida espiritual; por ejemplo, Santa Teresa de Jesús (Vida, c. 12, sobre todo el número 5; —Moradas, IV, c. 8); y San Juan de la Cruz (Subida del Monte Carmelo, II, c. 14, nn. 6 y ss.). — Y bien sabido es que ambos Santos son Doctores de la Iglesia.

2.º LA VERDADERA DOCTRINA EN LA VIDA ESPIRITUAL

Como principio general, es del todo cierto que en todas las cosas de la salvación humana, tiene Dios siempre la iniciativa; y así es que en toda obra salvífica, o sea en toda acción que se ordena a la consecución de nuestro último fin sobrenatural, el principio y comienzo es de sólo Dios, que ilumina y mueve al alma con su gracia; y ni la misma obra se puede proseguir y terminar sin la ayuda de la gracia divina concomitante; pero, sin embargo, también es del todo cierto que para que dicha obra salvífica se realice, exige Dios una verdadera cooperación activa del hombre.

Pues siendo esto verdad en toda obra meritoria para la salud eterna, mucho más cuando el Señor quiere guiar de un modo especial a un alma, con su gratuito

favor divino la perfección de la vida cristiana, le exige su propia y más activa cooperación.

De este modo se concilian y concuerdan maravillosamente la acción de la gracia divina y la cooperación de la voluntad y de la actividad humana, en la obra de nuestra salvación y de nuestra santificación.

Es, pues, necesario, en la vida espiritual cristiana, unir cierta como *pasividad* del hombre para *recibir* la gracia de Dios, y dejarse *llevar* de ella, con una verdadera *actividad* del mismo hombre para *cooperar* con la gracia divina. De lo cual resulta así como no puede haber ningún acto bueno sobrenatural, si no se realiza como *pasivamente*, bajo el influjo de la gracia de Dios; así, por otra parte, ninguna gracia divina obtiene su efecto propio, es decir el acto meritorio de

vida eterna, sin una verdadera cooperación del hombre, que al dejarse guiar voluntaria y activamente por la tal gracia, corresponde activamente a ella.

Una veces, el cristiano tiende a la perfección de una manera más *activa*; es decir, cuando iluminado por la luz de la fe y movido por la acción de la gracia divina (aunque de ordinario no sea consciente de que así es movido), elige él y se dedica a hacer diversos ejercicios de piedad y de virtud, que ve conducentes para su fin; lo cual hace considerando, racionando, y determinándose, conforme a lo que sabe y cree. Pero, otras veces, procede el cristiano más *pasivamente*; cuando sencillamente se deja guiar y atraer por la moción interna, que experimenta en sí mismo; o por circunstancias exteriores, que le manifiestan el divino beneplácito.

Pero, lo mismo en los estados de *más* actividad, que en los de *más* pasividad, siempre ha de unir el hombre su propia cooperación con la acción de la divina gracia; siempre ha de juntar y conciliar ambos modos de proceder, para buscar y hallar la divina voluntad; y así, cumplirla, en orden a nuestra eterna salvación y a la consecución de la santidad cristiana, a la que todos somos llamados por Cristo.

(Para la recensión y valoración de los errores quietistas, y para una más amplia exposición de la verdadera doctrina en la vida espiritual, pueden consultarse, entre otros autores, de Guiber, S.I., "Theologia Spiritualis Ascetica et Mystica", ed. 4.^a, págs. 157-166; — Ad. Tanquerey, "Compendio de Teología Ascética y Mística", Apéndice, págs. 946-951).

* * *

En innumerable textos de la Sagrada Biblia nos ha revelado Dios, Autor de la naturaleza y de la gracia, que Él pide la cooperación de sus creaturas; más aún de las racionales; y todavía más en nuestra vida sobrenatural. — "Al hombre corresponden los proyectos del corazón; más de Dios procede gobernar la lengua" (Prov., 16, 11); — "El corazón del hombre traza su camino; más el Señor Dios dirige sus pasos" (ib., v. 9). "El hombre sabio y sensato aplicará todo su corazón a velar de mañana, ante el Señor que le hizo; y suplicará delante del Altísimo; abrirá su boca en la oración, e implorará por sus pecados; y si al Señor, el Grande, le pluguiere, le llenará de espíritu de ciencia; hará llover sobre él las palabras de su sabiduría; y el hombre en la oración ensalzará al Señor" (Eccli., 39, 5,6). — "Antes de juzgar", examínate a ti mismo; y al tiempo de la visita del Señor, hallarás perdón... — antes de hacer un voto, prepárate; y no seas como

hombre que tienta al Señor" (Ib., 18, 20, 23). — Y San Pablo: "Por gracia de Dios soy eso que soy; y su gracia, que recayó en mí, no resultó vana o inoperante; antes me afané más, bien que no yo solo, sino la gracia de Dios conmigo, con mi cooperación" (1 Cor., 15, 10).

Los Santos Padres, y sobre todo San Agustín, nos han enseñado esta sana doctrina con tan diáfana claridad, y con tal abundancia de pruebas de la divina revelación y del Magisterio de la Iglesia, que no hay lugar a duda. Y, con ellos, los grandes Maestros de la vida espiritual, que han propuesto *métodos* para alcanzar la perfecta santidad de la vida cristiana; métodos que han sido reconocidos y aprobados, en no pocos casos, y aún vivamente recomendados por la Santa Madre Iglesia, como los de San Juan de la Cruz, Santa Teresas de Jesús y San Ignacio de Loyola. Y todos estos métodos coinciden en guiar al cristiano en la práctica de determinados dos ejercicios o modos de orar y de vivir, para tender a la santidad de la vida cristiana, con su propia actividad, bajo el influjo de la inspiración y moción de la gracia divina.

Esta realidad tangible e innegable de los métodos en la vida espiritual, es una práctica enseñanza y una confirmación espléndida de la verdadera doctrina sobre la acción de Dios y del hombre, en consorcio y unión íntima, para la obra de nuestra salvación y santificación.

La misma Santa Iglesia vive de continuo estas grandes verdades en su Sagrada Liturgia; y las expresa de la manera más clara e inequívoca; por ejemplo, en estas dos preciosas y significativas oraciones: "*Te rogamos, Señor que prevengas nuestras acciones con tu inspiración; y las sigas sosteniendo con tu ayuda: para que toda oración y acción nuestra tenga en Ti su principio, y por Ti comenzada, también por Ti se termine*". — "*Oh Dios, de quien proceden todos los bienes: otorga a los que te suplican, que pensemos, inspirándonos Tú, las cosas que son rectas; y que las pongamos por obra, dirigiéndonos Tú mismo*".

En nuestros días hemos visto cómo todo el intento del Concilio Vaticano II, en su Constitución sobre la Sagrada Liturgia, ha sido inducir encarecidamente a los fieles a que no se limiten a ser meros espectadores *pasivos* en las Celebraciones litúrgicas, sino que tomen parte personal en ellas, con una "participación consciente, activa y fervorosa", para que sea una "participación frutuosa".

Finalmente, el mismo Concilio Vaticano II, en su admirable y acabadísimo Capítulo VIII de la Constitución dogmática "Lumen gentium", que todo él versa sobre "La Santísima Virgen María, Madre de Dios,

en el Ministerio de Cristo y de la Iglesia”, ha hecho converger todo su pensamiento, acerca de la vida y de la misión de María, en estas dos cosas, concordadas en perfecta armonía a saber, su maravillosa docilidad al dejarse guiar por la inspiración y la moción del Espíritu Santo, en todas las cosas; y su no menos maravillosas colaboración activa a los designios del Señor para con Ella misma, y para la salvación del género humano; y en ambos casos, unida perfectamente, no con mera pasividad, sino con la plena actividad, a la persona y a la obra de su Divino Hijo..

El siguiente pasaje expresa todo esto en luminosa síntesis: “*Así, María, hija de Adán, al aceptar el mensaje divino, se convirtió en Madre de Jesús; y al abra-*

zar de todo corazón, y sin entorpecimiento de pecado alguno, la voluntad salvífica de Dios, se consagró totalmente, como Esclava del Señor, a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo con diligencia al Misterio de la Redención, con Él, y bajo Él, con la gracia de Dios Omnipotente. Con razón, pues, piensan los Santos Padres que María no fue un instrumento pasivo en las manos de Dios, sino que cooperó activamente a la salvación de los hombres, con fe y obediencia libres” (L. G., n.º 56).

Pues, ¿quién no ve, después de todo esto, lo pernicioso y rechazable que es el error del Quietismo? — Con toda propiedad se le ha amado “falso misticismo” (Cfr. Tanquerey, 1. c.).

(Viene de la pág. 25)

LOS RICOS EN LAS PARABOLAS DE CRISTO

mente de Cristo, que propuso la parábola, es un retrato de lo que es él mismo para con el pecador arrepentido.

En otra parábola se habla de un hombre rico, que tenía un mayordomo, o administrador de sus cuantiosos bienes, a quien denunciaron por derrochador. Pero era éste un hombre sagaz y previsor. Fue llamando a los que tenían deudas con su amo y rebajándoles las cantidades que debían para congraciarse con ellos y poder encontrar en sus casas favorable acogida, cuando fuera despedido por su señor. El dueño alabó la sagacidad que el administrador mostró con este proceder inmoral. Y Cristo cerró la enseñanza que encierra la parábola con estas palabras misteriosas: *Procuraos amigos de las riquezas injustas, para que cuando os falten, os reciban en las moradas eternas* (Lc 16, 1-18). Como si dijera; en vez de dejaros arrastrar a una vida inmoral por las riquezas, sean para vosotros, usándolas con previsión y prudencia, una preparación para la vida eterna, empleándolas conforme a la voluntad de Dios, en socorrer a los pobres y necesitados.

Era un rey que quiso pedir cuentas a sus ministros y servidores, y descubrió que uno de ellos le debía 10.000 talentos, unos 60 millones de pesetas. Como éste no tenía con qué pagar tan enorme suma, ordenó el señor que se pusieran a la venta todos sus bienes, para recuperar al menos en parte lo que se le debía. Entonces el servidor se echó a los pies del rey y le dijo: *Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo*. El señor movido a compasión, no sólo le concede lo que solicita, sino que le perdona toda su enorme deuda. No aprendió este mal servidor la lección que le acababa de dar el rey, y al encontrarse con un compañero que le debía una cantidad insignificante, no paró hasta dar con él en la cárcel. El señor reprendió duramente su mala acción, diciéndole: *¿No debías tú compadecerte también de tu compañero, como yo me compadecí de ti?* La generosidad y clemencia de este rico rey, insinúa cómo los

ricos deben mostrarse caritativos con los necesitados (Mt 18, 23-35).

Aquel patrono rico, que salió a la plaza a diversas horas del día para contratar obreros, que fuesen a trabajar a su viña y darles a cada uno su jornal, mostró su benevolencia con los jornaleros dando a todos, aun a los de última hora, el mismo sueldo, sin faltar a la justicia, pues eso era lo contratado. Imitaba así el comportamiento misericordioso de Dios con los hombres judíos y gentiles, por lo que en el Evangelio aparece como un patrono rico, digno de alabanza (Mt 20, 1-17).

Otro señor rico, que había de ausentarse de su casa por algún tiempo, confió sus bienes a tres de sus criados para que durante su ausencia negociasen con ellos y aumentaran el capital. A uno entregó cinco talentos, a otro dos y uno al último. Equivalían los 8 talentos a unas 50.000 pesetas oro. El primero y segundo negociaron felizmente y duplicaron el dinero recibido, en cambio el tercero escondió el talento y lo dejó infructuoso. Cuando el señor volvió alabó a los dos primeros por su laboriosidad y los premió espléndidamente, y al último le reprendió con severidad y le castigó. La lección, que encierra la parábola es que el hombre debe negociar en esta vida con los beneficios que haya recibido de Dios, para dar buena cuenta de sí el día de la muerte. Entre estos beneficios se cuentan también las riquezas (Mt 25, 14-30).

No quiera ver el lector en este breve estudio una exposición de toda la doctrina que encierran las parábolas que en él se citan. Únicamente se trata de hacer ver lo que en el artículo anterior nos propusimos: *que la riqueza puede ser un medio, que Dios pone en manos de algunos para su propia salvación y provecho de los demás*.

Severiano del Páramo, S. J.
Profesor de Sagrada Escritura en la
Universidad Pontificia de Comillas.



EN EL VII CENTENARIO DE SANTO TOMAS

Fragmentos de la carta de S.S. Pablo VI al P. Vicente de Covesnongle Maestro General de la Orden de los Hermanos Predicadores.

Necesidad de estudiar a Santo Tomás

Queremos de esta manera manifestar nuestro asentimiento a cuantos han defendido que, a pesar de setecientos años después de su muerte, Santo Tomás siga celebrándose no sólo como un gran pensador y doctor del pasado, sino también por la actualidad de sus principios, de su doctrina y de su método: queremos también ilustrar las razones de su autoridad científica reconocida en él por el Magisterio y por las instituciones de la Iglesia, y especialmente por muchísimos Predecesores Nuestros, quienes no dudaron en reconocerle el título de "Doctor Común de la Iglesia" atribuido ya en 1317.

Confesamos ciertamente que en el confirmar y en el renovar tan larga y venerable tradición del Magisterio de la Iglesia, además del respeto de Nuestros Predecesores, nosotros nos movemos ya sea por el examen objetivo de la validez intrínseca de la doctrina del Aquinate, ya sea por la experiencia personal del beneficio obtenido por el estudio y consulta de sus obras, ya sea por la constatación del poder de convicción y de formación del espíritu que él ejerció sobre sus alumnos, especialmente los jóvenes, como pudimos observar en el año de Nuestro Apostolado

en medio de los universitarios católicos quienes, incitados por el celo de Nuestro Predecesor Pío XI, de venerable memoria, estaban tan dedicados al estudio de Santo Tomás.

Sepamos que no todos, en nuestro tiempo, son partícipes de este convencimiento. Pero no se diluye el que, a menudo, la desconfianza o la aversión a Santo Tomás dependen de un superficial y débil acercamiento, y, en algunos casos, de una completa ausencia de la lectura directa y del estudio de sus obras. Por eso Nosotros, al igual que Pío XI, recomendamos a quienquiera formarse una consciencia madura acerca de la posición a tomar en tal materia: ¡Id a Tomás! Buscad y leed las obras de Santo Tomás —queremos repetir— no sólo para encontrar en aquellos ricos tesoros un alimento seguro para el espíritu, sino también, y en primer lugar, para renovar personalmente la consideración de la incomparable profundidad, abundancia e importancia de la doctrina que allí está contenida.

Su genialidad

Toda la construcción doctrinal de Santo Tomás está en efecto fundada sobre aquel áureo principio por

él enunciado en las primeras páginas de la *Suma Teológica*, según el cual “la gracia supone y perfecciona la naturaleza y la naturaleza en cambio se subordina a la gracia, la razón a la fe y el amor humano a la caridad”. Toda la amplia esfera de valores en que se vislumbra el impulso vital de la naturaleza humana —ser, inteligencia y amor— está supuesta y penetrada de energía nueva por la infusión de la gracia, que es el principio de vida eterna. De este modo la misma perfección completa del hombre natural se actúa —a través de un proceso de purificación redentiva y de elevación santificadora— en el orden sobrenatural, que tiene su definitivo cumplimiento en la beatitud celestial, sin embargo ya en esta vida terrestre tiene una armónica composición de valores que es difícil de obtener, como la misma vida cristiana, pero es encantadora.

El punto central, y como meollo de la solución que él dio al problema de la nueva confrontación entre razón y fe con la genialidad de su intuición profética, fue el de la conciliación entre la secularidad del mundo y la radicalidad del Evangelio, diluyendo de este modo aquella innatural tendencia que negaba el mundo y sus valores, sin por otra parte venir menos a la suprema e inflexible exigencia del Orden Sobrenatural.

Los valores permanentes de la doctrina y del método de Santo Tomás

Para resumir brevemente las razones que habíamos señalado, recordemos ante todo el realismo gnoseológico y ontológico que es la primera característica fundamental de la Filosofía de Santo Tomás. Podríamos también definirlo como un realismo crítico, que, ligado con la percepción sensorial y por otro lado con la objetividad de la cosa, da el sentido positivo y sólido del ser. Ello de este modo permite una ulterior elaboración mental que, aunque univertalizando los datos conocidos, no se nos aleja para dejarse revolver en el vértice dialéctico del pensar subjetivo, y para acabar casi fatalmente en un agnosticismo más o menos radical. “Primo in intellectu cadit ens”, dice el Angélico en su texto famoso. Este principio fundamental es el pilar de la gnoseología de Santo Tomás, cuya genialidad consiste en la equilibrada valoración de la experiencia sensorial de los datos auténticos de la consciencia en el proceso del conocimiento, que, sobrepuesto a la reflexión crítica, pone el punto de partida de una sana ontología y, por reflexión, de toda

la construcción teológica. Por esto se ha podido definir el pensamiento de Santo Tomás como la filosofía del Ser, considerado, bien entendido, ya sea en su valor universal, ya sea en sus condiciones existenciales; e igualmente es conocido que de esta filosofía él asciende a la Teología del Ser Divino, cual subsiste en sí mismo y cual se revela ya sea en su Palabra, ya sea en los eventos de la economía de la Salvación y especialmente en el misterio de la encarnación”.

Actualidad de Santo Tomás y la necesidad de su estudio en la formación sacerdotal

La Sede Apostólica invitó y reanimó los espíritus hacia un auténtico reflorecimiento de los estudios tomistas. Nuestros Predecesores, ya desde León XIII y por el fuerte impulso dado por él con la Encíclica “*Aeterni Patris*”, han recomendado el amor del estudio y de la enseñanza de Santo Tomás, para manifestar la consonancia de su doctrina con la divina “revelación”, la armonía entre la fe y la razón, conservando los respectivos derechos, el hecho de que el prestigio reconocido a su doctrina, lejos de suprimir la emulación en la indagación, la estimula mucho más y la guía con seguridad. La Iglesia además ha querido preferir la doctrina de Santo Tomás proclamando que ésa es la propia —no queriendo con esto afirmar que no sea lícito adherirse a otra escuela, teniendo derecho de ciudadanía en la Iglesia— y de favorecerla por la experiencia adquirida durante muchos siglos. También en nuestro tiempo el Angélico y el estudio de su doctrina están por ley en la base de la formación teológica de aquéllos que son llamados a la función de confirmar y confortar a los hermanos en la fe.

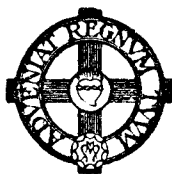
El mismo Concilio Vaticano II dos veces ha recomendado a Santo Tomás a las escuelas católicas. Tratando, en efecto, de la formación sacerdotal ha afirmado: “Para ilustrar cuanto más posible los misterios de la salvación, que los alumnos aprendan a penetrar y examinar el nexo por medio de la especulación, teniendo a Santo Tomás por maestro”. El mismo Concilio Ecuménico en la declaración sobre la educación cristiana, mientras exhorta a las escuelas de grado superior a tener cuidado de que, indagando cuidadosamente las nuevas cuestiones del tiempo que proviene, se vigile más claramente cómo la fe y la razón se encuentren en la única verdad, de repente afirma que para conseguir esto es necesario seguir las huellas de los doctores de la Iglesia, especialmente

las de Santo Tomás. Es, de este modo, la primera vez que un Concilio recomienda a un Teólogo, y éste es Santo Tomás. En cuanto a Nosotros, basta recordar, entre otras, las palabras que un día afirmaba: “aquellos, a quienes ha sido confiada la misión de enseñar..., escuchad con reverencia la voz de los Doctores de la Iglesia, entre los que ocupa un lugar prehemiente la fuerza del ingenio del Doctor Angélico, su sincero amor a la Verdad, la Sabiduría en la búsqueda de la altísima Verdad, en ilustrar y colegir con profunda coherencia, que su doctrina es un instrumento efficacísimo, no sólo para poner con seguridad los fundamentos de la fe, sino también para alcanzar de modo útil y seguro frutos del sano progreso”.

Tres obligaciones para los seguidores de Santo Tomás

Los estudiosos y los maestros de Teología en primer lugar se adaptarán con presteza para que el

pensamiento de Santo Tomás, aunque fuera del contexto limitado de la escuela, pueda ser comprendido en su vitalidad... Un segundo deber espera a aquéllos que en nuestro tiempo quieren ser seguidores de Santo Tomás... En efecto, si no se penetra bien el pensar contemporáneo, no se puede distinguir, en tanto nadie exponga —poniendo de relieve con una apropiada confrontación la diversidad y la afinidad—, uno u otro argumento, al cual se acerca para tratarlo y que la teología ilumina profundamente... A estas dos exhortaciones añadimos una tercera: la necesidad de buscar, como en un perenne diálogo, una vital comunión con el mismo Santo Tomás. Él, en efecto, se presenta para nuestro tiempo, cual maestro de una vía eficaz del pensamiento, en el penetrar directamente la raíz de esto que es esencial, en acoger con espíritu humilde y bien dispuesto la Verdad, de cualquier parte que ésta venga; dando así un singular ejemplo del modo con que se debe corresponder a los tesoros y a la suprema exigencia de la mente humana con la profunda realza contenida en la palabra de Dios.



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

ENERO

MISIONAL. — Que las Iglesias Jóvenes procurando insertar el Evangelio en las formas de sus propias culturas expresen juntamente el universalismo del mensaje cristiano.

GENERAL. — Que por una sincera conversión del corazón, que es la nota propia del Año Santo, sea eficazmente promovido el genuino ecumenismo.

FEBRERO

MISIONAL. — Que el Año Jubilar despierte sentimientos de reconciliación entre las naciones pobres y las naciones ricas en orden a un mutuo reconocimiento y a la cooperación.

GENERAL. — Que se fomente intensamente el espíritu de la verdadera reconciliación con Dios y con los hermanos.

LA «CONSECRATIO MUNDI» EXIGENCIA DE LA REALEZA DE CRISTO

JUAN ROIG GIRONELLA, S.I.

I. Una historia que se repite

Hay una página de la historia de veinte siglos atrás, en que se palpa al vivo, cómo se agitaban los hombres cuando había que proceder a reconocer a un rey.

Murió Herodes el Grande el año 4 de nuestra era. Poco antes de morir redactó un codicilo que cambiaba su testamento. Dispuso que su hijo Arquelao llevase el nombre de rey; pero le impuso una obligación: que el César le reconociese: “que llevase a César su anillo y los documentos administrativos de su reino sellados, pues César había de ser el árbitro de lo establecido por aquél y el que confirmase el testamento” (1).

Así, pues, Arquelao había de emprender un viaje a lejanas tierras, a Roma, para que el César ratificase su nombramiento de rey. Efectivamente, Arquelao embarcó para ir a Roma y con él fueron, acompañándole en el viaje Salomé, sus hijos y los sobrinos y yernos del difunto Herodes. En apariencia iban a apoyar a Arquelao en el asunto de la sucesión al reino, pero en realidad iban a acusarlo. Fue también otro hijo de Herodes el Grande, Antipas, que no sólo se oponía a Arquelao sino que pretendía ocupar el lugar de éste. Además otros judíos enviaron también una embajada a Roma, para pedir al César que no nombrase a ningún rey sino que uniese la región con Siria, para que fuese regida por un procurador romano.

El César después de oírlos, decretó dividir el reino de Herodes en cuatro partes: una parte de la tetrarquía estaría bajo Herodes Antipas; otra parte, bajo Filipo; y las dos restantes bajo Arquelao, a quien le daba no el título de rey, sino de etnarca, con la esperanza de que si por su conducta se hiciese acreedor a ella, le nombraría rey más adelante.

Todos sabemos lo que ocurrió: Arquelao resentido por las antiguas discordias de los que no habían querido que fuese rey, trató con crueldad a los judíos y a los samaritanos. Por esto a los nueve años el César lo depuso, lo desterró a Viena de las Galias y el territorio de Arquelao quedó reducido a provincia, para la que envió al procurador Coponio. Más tarde fue Poncio Pilato el que gobernó en Judea con delegación del Procurador romano.

En esta narración histórica hay un rasgo fundamental: uno es nombrado para suceder con título de rey; va a lejanas tierras, Roma, a pedir la ratificación de su nombramiento, mientras un grupo de sus conciudadanos envían tras él a una delegación para impedirlo, porque no lo quieren por rey. Cuando finalmente vuelve, entonces pide cuentas a aquellos que se le opusieron.

Este hecho tiene una profunda semejanza con lo que sucedió con el pueblo de Israel: Dios lo había escogido para que por medio de aquel pueblo todos alcanzaran la amistad divina: “en ti serán bendecidas todas las gentes”, como dijo el Señor a Abrahám (2). Siglos después, le pidieron rey y les dio a David; juró Dios que de su descendencia vendría el rey prometido: “estableceré su stirpe para siempre” (3). Esto fue cabalmente lo que el ángel anunció a María, cuando le anunció que de ella vendría este rey anunciado: “el Señor Dios le dará el trono de David su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin (4). Sin embargo, este rey humilde, que les pedía vida pura y sumisión a Dios, no fue de su gusto. Estaba profetizado que no querrían reconocer a este Rey, como dice el Salmo 2: “Por qué las naciones están en tumulto y los pueblos en murmullo inútil? Se sublevarán los reyes de la tierra y los jefes conspiran contra Yahvéh y su Mesías: ¡Rompan sus ataduras y sacudamos su yugo! —Pero, Aquel que se sienta en los cielos se sonríe; Yahvéh se burla de ellos; luego en su cólera les habla y en su furor los aterra: *Yo tengo ya consagrado a mi rey en Sión mi monte santo*—. Voy a anunciar el decreto de Yahvéh: *Él me ha dicho: Tú eres mi hijo; yo te he engendrado hoy. Pídeme y te daré en herencia las naciones, en propiedad los confines de la tierra. Los quebrantarás con cetro de hierro, como a vaso de alfarero los despedazarás*” (5).

Efectivamente, cuando Jesús entró en Jerusalén el domingo de Ramos, pocos días antes de su pasión, entró, dice San Mateo, cumpliendo aquella profecía de Zacarías: “¡Alégrate, hija de Sión; lanza gritos de gozo, hija de Jerusalén! Mira que viene a ti tu rey,

1. Flavio Josefo: *De Bello judaico*, I, 33, 9 (669). Ricciotti, J.: *La guerra judaica*, Barcelona 1960, p. 336.

2. *Genes.* 12, 3; 22, 18; 26, 4; 28, 14. *Salm.* 72 (71), 17.

3. *Salm.* 89 (88), 30.

4. *Lc.* 1, 32-33.

5. *Salm.* 2.

justo y victorioso, humilde y montado en una asnillo" (6). El pueblo sencillo sí, lo aclamó como al Hijo de David; al rey que había sido prometido; pero otros lo rechazaron; y Jesús lloró ante Jerusalén: "¡Si conocieras tú en este día el mensaje de paz! Pero ahora está oculto a tus ojos. Porque vendrán sobre ti días en que tus enemigos te rodearán de empalizadas, te cercarán y te apretarán por todas partes, y te estrellarán contra el suelo a ti y a tus hijos que estén dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, ¡porque no has conocido el tiempo de tu visita!" (7).

Así sucedió pocos años después cuando Tito Flavio Vespasiano se dirigió contra Jerusalén y su hijo Tito la arrasó el año 70, sin dejar de aquel templo piedra sobre piedra.

Había, pues, cierta semejanza entre lo que sucedería con el Mesías, Rey ungido por Dios a quien no querían reconocer como rey y lo que ante los ojos de aquellos judíos había sucedido pocos años antes, al morir Herodes el Grande, y tuvo que ir a recibir la investidura el nuevo rey. Esta semejanza fue expuesta por Jesucristo en forma de parábola: "Estando la gente escuchando estas cosas, añadió una parábola, pues estaba él cerca de Jerusalén, y creían ellos que el Reino de Dios aparecería de un momento a otro. Dijo, pues: Un hombre noble marchó a un país lejano, para recibir la investidura real y volverse [...]. Pero sus ciudadanos le odiaban y enviaron detrás de él una embajada que dijese: No queremos que ése reine sobre nosotros. Cuando regresó, después de recibir la investidura real, mandó llamar a aquellos siervos suyos, a los que había dado el dinero, para saber lo que había ganado cada uno [...]. Pero a aquellos enemigos, los que no quisieron que yo reinara sobre ellos, traedlos acá y matadlos delante de mí" (8).

La parábola es una comparación, es una semejanza; y como comparación o semejanza tiene unos puntos de coincidencia y otros en que no hay paralelismo. El Señor tomó aquellos puntos de comparación, para que sus oyentes le reconocieran a tiempo como a Rey prometido; pero no quisieron: "¡Jerusalén Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina reúne a sus polluelos bajo las alas, y vosotros no habéis querido! Pues bien, vuestra casa va a quedar abandonada. Os digo que ya no me volveréis a ver hasta que digáis: ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!" (9).

Lo interesante es que esta semejanza, expresada en la parábola, preanunciada desde siglos por los profetas y que se cumplía no metafóricamente sino realmente con Jesús, Rey, se extiende también a nuestro tiempo, al día de hoy. También las naciones de hoy se han embravecido, negando con frecuencia reconocer al enviado por Dios; pero los designios divinos se cumplirán: volverá para pedir cuentas a cada uno, preguntarle cómo administró los bienes de que le hizo depositario; hará justicia con cetro de hierro de aquellos que libremente negaron querer reconocer al Señor; y llamará consigo a su Reino eterno, a quienes en la prueba le fueron fieles: "esos son los que vienen de la gran tribulación; han lavado sus vestiduras y las han blanqueado con la sangre del Cordero. Por eso están delante del trono de Dios, dándole culto día y noche en su Santuario; y el que está sentado en el trono extenderá su tienda sobre ellos. Ya no tendrán hambre ni sed; ya no les molestará el sol ni bochorno alguno. Porque el Cordero que está en medio del trono los apacentará y los guiará a las manantiales de las aguas de la vida. Y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos" (10).

Es decir, Dios ha tenido un gesto de amor hacia el pobre hombre, que estaba muy lejos de Dios y privado de la Divina Amistad, por el pecado: le envió a su Ungido, el Mesías, Rey; al no reconocerlo ellos, y negarlo, precisamente así con su inmolación inauguraría su reinado, pues los redimiría y les ofrecería con la Amistad Divina renovada, el acceso a su reino eterno, que si ya está en este mundo, no es de este mundo, como dijo el Señor a Pilato: "Mi Reino no es de este mundo. Si mi Reino fuese de este mundo, mi gente habría combatido para que no fuese yo entregado a los judíos; pero mi Reino no es de aquí. Entonces Pilato le dijo: luego tú eres Rey? Respondió Jesús: Así es, tal como dices; soy Rey. Para esto he nacido yo y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es la verdad, escucha mi voz" (11). Es la verdad que ya el ángel había manifestado en el anuncio a María: que a su hijo le daría el Señor Dios, el trono prometido desde David su padre; pero que sería de tal suerte su reinado, que no tendría fin.

¿Por qué fueron estos los caminos de Dios? Enviar a un Rey, que encubriese su Majestad con el velo de la humildad, quedando así la posibilidad de que lo negasen y no quisiesen reconocerlo como Rey? ¿Por qué el Señor tuvo esta Providencia de enviar a un Redentor humilde, sin apariencias de grandeza terre-

6. Zac. 9, 9.

7. Luc. 19, 42-44.

8. Luc. 19, 11-26.

9. Mt. 23, 37-39.

10. Apoc. 7, 14-17.

11. Jn. 18, 36-37.

na, que les predicase la pureza de vida y el amor a Dios?

Dios escogió estos caminos precisamente porque a los hombres que Él ha creado *libres*, los deja *libres en su decisión*; y de este modo está ahí su *mérito o demérito*: ahí está su *amor o desamor*; cada cual tendrá exactamente para siempre aquello que ha amado: si ha antepuesto a Dios un ídolo carnal o terrenal, quedará privado del bien a que sordamente en lo íntimo de su ser aspiraba, porque el ídolo es nada, mentira; si ha antepuesto a todos los bienes creados, un gran amor, Dios, poseerá con Él, la plenitud de todo bien, la felicidad a que aspiraba innatamente su ser.

Las ataduras con que Dios atrajo a su pueblo, y ahora nos atrae a nosotros, no han sido ataduras *constrinientes*, sino ataduras de *amor*; que el hombre puede libremente y culpablemente rechazar, o puede meritoriamente abrazar.

Y ahí está precisamente el punto que buscamos: cómo se enlazan entre sí las dos nociones de Cristo Rey y el Corazón de Jesús; la consagración del mundo a Cristo Rey y la Consagración a su Corazón: después, en la eternidad tendrá Jesucristo sobre todos un dominio *efectivo*: en los que le han amado, porque captando intuitivamente que en Él está la felicidad saturante, no serán libres para dejar de amarle; también en los que han rechazado ahora darle su amor dominarán por supremo dominio como Dios. Pero ahora quiere que el ser libre, actúe libremente para devolver así con su merecimiento, la gloria y el amor que le debe, y por ello Jesucristo tiene ahora sobre todos un dominio de potestad, aunque no lo haga efectivo, precisamente por dejar al hombre libre, que así podrá ejercer su libertad y libremente amar (12).

Ahora bien, el amor está simbolizado por el corazón; y es obvio que se tome como símbolo, porque en él, en su ritmo y vida, repercuten los afectos, los dolores y los gozos. Por tanto si Dios dispone al enviarnos a su Hijo como Rey Salvador, que ahora reine entre nosotros por amor, es también obvio que nos atraí-

ga a su reino manifestándonos su amor y el símbolo de su amor, su Corazón.

A este llamamiento divino, corresponde en el hombre la respuesta: el acto de entregarse en exclusiva a Dios, hacerse objeto sagrado, es decir, "consagrar": por tanto la consagración a Cristo Rey, como correspondiendo a su llamamiento amoroso, que viene de su Amor y nos invita a devolverle amor por amor, será espontáneamente una consagración a su Corazón.

Por esto tan frecuentemente manifestaba Yahvéh a su pueblo escogido, cómo le amaba, cómo era objeto de su predilección; pero de un modo especial, en aquellas ocasiones en que Yahvéh hablaba del futuro Mesías, futuro Rey, que les iba a enviar, como se ve en aquel precioso capítulo del profeta Jeremías, en que anuncia el Señor la Nueva Alianza que por medio del Mesías pactará con los hombres, y el amor que les tiene: "He aquí que días vienen, palabra de Yahvéh en que yo pactaré con la casa de Israel y con la casa de Judá, una nueva Alianza"; y dice que esta Nueva Alianza, no será como la Antigua, que pactó allá junto al Sinaí, cuando escribió la ley a que se obligaban, en unas tablas de piedra: ahora iba a grabar esta ley en su corazón, es decir, en su amor: "pondré mi ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré; y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo" (13). Y esto, ¿por qué así? Porque les ha amado con un amor eterno, como dice Jeremías pocos versículos antes, hablando de qué manera Dios se manifestó o apareció a Israel: "De lejos Yahvéh se le apareció: Con amor eterno te he amado: por eso he reservado gracia para ti" (14).

Por tanto si el designio divino ha sido el de dar a los hombres para su salvación un Rey; y atraerlos con vínculos de amor, pues nada atrae tanto a amar, como sentirse amados; también el justo reconocimiento de los hombres ha de enlazar la entrega, consagración de sí mismos a Jesús Rey, con la consagración al Corazón de Jesús, estando simbolizado en su Corazón, el amor.

II. Las palabras de un gran Pontífice

Esto es cabalmente lo que expresó, ya en 1899, el Sumo Pontífice León XIII, cuando proclamó el Año Santo para 1900. Enlazó en una misma Encíclica las razones por las que Jesucristo es Rey del universo con la consagración de todo el mundo al Corazón de Jesús.

A fines del siglo pasado y principios del actual, un

cierzo helado de laicismo soplaba sobre Europa. Era consecuencia de unos veinticinco años de claudicación y pereza. Ya se asomaban en el horizonte los primeros atisbos de lo que pocos años después, en 1907, San Pío X atajó con el nombre de "modernismo", compendio de todas las herejías.

El gran Pontífice León XIII, que estaba encerra-

12. S. Thomas: *Summa*, III, q. 59, a. 4, ad 1, as 2. Adviértase que esta cita la da el mismo León XIII en la Encíclica.

13. *Jer.* 31, 31-33.

14. *Jer.* 31, 3.

do en el Vaticano, pero avizoraba más allá de los montes, aprovechó la declaración del Año Santo para 1900, y publicó su Encíclica *Annum Sacrum* (15). En ella junta, como decía, las dos cosas: *las motivaciones* (que son más bien propias de lo que fue desde 1925 festividad de Cristo Rey), con la *conclusión* que es la entrega al Corazón de Jesús.

Jesucristo es, dice, “Príncipe y Señor supremo”. A saber, su imperio no es solamente de los católicos, ni tan sólo de los que fueron lavados por el sagrado bautismo [...], también abarca a los que no poseen la fe cristiana, de tal modo que verdaderísimamente esté bajo la potestad de Jesucristo toda la universalidad del género humano” (16).

Y da la fundamentación: primero, porque Jesucristo es Dios. Además Él mismo nos dijo: “me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra”; por consiguiente todo está sometido a su potestad; y prosigue León XIII, diciendo que re hecho dio pruebas de ejercerla, al enviar a los apóstoles a todo el mundo con orden de enseñar su doctrina, reunir a todos los hombres en una sociedad, la Iglesia, por el bautismo de salvación e imponer leyes, de tal manera que los que se negasen, quedasen privados de la eterna salvación. Además nos redimió a todos con su propia sangre. A esto corresponde, dice León XIII, nuestra entrega voluntaria; pues Él, cuyo imperio “se ejerce por la verdad, por la justicia y más que todo por el amor” (17), añade a la verdad del derecho algo que atrae: Él “pide y ruega: *Fili, praebe cor tuum mihi* (Hijo, dame tu corazón)”. Luego podemos ciertamente obsequiarle por la voluntad y afecto de nuestra alma. Pues consagrándonos nosotros mismos, no sólo reconocemos y recibimos su imperio abierta y libremente, sino que en realidad atestiguamos que si nos perteneciese lo que con nuestra entrega le damos, se lo daríamos de mil amores; y le pedimos que esto mismo que damos, aunque ya sea suyo, con todo no deje de aceptarlo (18).

Así ha enlazado León XIII las dos nociones: la del reino universal del Hijo de Dios, con la de que precisamente nuestra entrega brota de la manera divina de proceder, que es pedir y rogar que le demos el co-

razón, cuando podría exigirlo; pero así pidiéndolo y rogando se hace libremente, con amor.

Por esto añade el Sumo Pontífice estas palabras precisas: “Porque hay en el Sagrado Corazón un símbolo y manifiesta imagen del infinito amor de Jesucristo, que nos mueve a amarlo de nuestra parte, por ello es obvio consagrarse a su Corazón augustísimo: lo cual no obstante, no es más que entregarse y ligarse con Jesucristo, porque todo lo que al Corazón Divino se da de honor, obsequio, piedad, verdadera y propiamente se da al mismo Cristo” (19).

Desde entonces se fue renovando cada año la fórmula de consagración de todo el mundo al Corazón de Jesús, según la fórmula que el mismo León XIII comunicó juntamente con la Encíclica” (19).

Hasta que, el 11 de diciembre de 1925, intervino Pío XI con otra Encíclica, *Quas primas*, por la que instituyó la festividad de Cristo Rey. En ella va siguiendo Pío XI el mismo proceso demostrativo de León XIII, mostrando los títulos de que Jesucristo sea aclamado por todos, como Rey. Ante todo por ser Dios: “la soberanía o principado de Cristo se funda en la maravillosa unión llamada hipostática” (20); también por la redención le pertenecemos y antes ha citado una larga serie de textos de la Sagrada Escritura en que se enseña esta verdad, que Pío XI formula así: “también en sentido propio y estricto le pertenece a Jesucristo como hombre el título y la potestad de Rey; pues sólo a Cristo hombre se dice de Él que recibió del Padre la potestad, el honor y el reino (Dan. 7, 13-14)” (21).

Sin embargo, estamos en un tiempo, en que el mundo parece que se avergüence de proclamar públicamente a Jesucristo Rey. Es el laicismo. Como si la religión fuese meramente cosa privada, de cada uno; algo que no tuviese nada que ver con la sociedad total. El Concilio Vaticano II, por el hecho de insistir en que haya libertad de coacción, no ha negado nada de la doctrina tradicional referente de la obligación moral de los hombres y de las sociedades. Estas son sus palabras: el Concilio “deja íntegra la doctrina católica tradicional acerca del deber moral de los hombres y de las sociedades para con la religión y la

15. Leo XIII: *Annum Sacrum*. A.A.S. 31 (1898-1899), 646-651.

16. *Ibid.* 647.

17. *Ibid.* 647: “Quae Christi potestas et imperium in homines exercetur per veritatem, per iustitiam, maxime per caritatem.”

18. “Expetit ac rogat: *Fili, praebe cor tuum mihi*. Ergo gratificari illi utique possumus voluntate atque affectione animi. Nam ipsi devovendo nos, non modo agnoscimus et accipimus imperium eius aperte ac libenter; sed re ipsa testamur, si nostrum id esset quod nos dono damus, summa nos voluntate daturus; ac petere ab eo ut id ipsum, etsi plane suum, tamen accipere a nobis ne gravetur”. *Ibid.*, 649.

19. “Quoniam inest in Sacro Corde symbolum atque expressa imago infinitae Iesu Christi caritatis, quae movet ipsa nos ad amandum mutuo, ideo consentaneum est dicere se Cordi eius augustissimo: quod tamen nihil est aliud quam dedere atque obligare se Iesu Christo, quia quidquid honoris, obsequii, pietatis divino Cordi tribuitur, vere et proprie Christo tribuitur ipsi”. (*Ibid.*, 649).

20. Pius XI: *Quas primas*. “Col. de Enc. y Doc. Pont., 6.ª ed. Public. I. N. [Acción cat.] Madrid 1962; vol. I, p. 113, n. 11.

21. *Ibid.*, p. III, n. 6.

única Iglesia de Jesucristo" (22). Pero muchos lo confunden, como si insistir en un aspecto complementario implicase negar otro complementario. No es así. Convenía ahora, sí, notar bien que la adhesión a la Fe ha de estar libre de toda coacción moral, lo cual, por lo demás, ya estaba en la doctrina de la Iglesia, como está por ejemplo en su Derecho (23); pero no se niega que sea un gran mal el laicismo (24).

Pues bien, como si se adelantarse a nuestros tiempos, Pío XI precisamente apuntaba ahí. Estas son sus palabras: "Pondremos un remedio eficacísimo a la parte que hoy infecciona a la humana sociedad. Juzgamos peste de nuestros tiempos al llamado *laicismo* con sus errores y abominables intentos; y vosotros sabéis, ...que tal impiedad no maduró en un solo día, sino que se incubaba desde mucho antes en las entra-

ñas de la sociedad" (25); por ello, "para condenar y reparar de alguna manera esta pública apostasía, producida, con tanto daño a la sociedad, por el laicismo, ¿no parece que debe ayudar grandemente la celebración anual de la fiesta de Cristo Rey entre todas las gentes? En verdad: cuando más se oprime con indigno silencio el nombre suavísimo de Nuestro Redentor en la reusiones internacionales y en los Parlamentos, tanto más alto hay que gritarlo, y con mayor publicidad hay que afirmar los derechos de su real dignidad y potestad" (26). Y, como determinó León XIII, también Pío XI determina: que en ese día se renueve todos los años la consagración de todo el género humano al Sacratísimo Corazón de Jesús" (27), empleando para ello la fórmula de San Pío X.

III. Avizorando el futuro

Ya hemos recordado al principio que fue el mismo Señor quien para tomar una semejanza o parábola de lo que iba a ocurrir a aquellos judíos a quienes hablaba si no le reconocían como aquel Rey que había sido anunciado desde siglos, tomó la semejanza de lo que vieron allí mismo en Jerusalén pocos decenios antes, cuando un grupo de judíos enviaron a Roma una embajada con las palabras: "nolumus hunc regnare super nos", "no queremos que éste reine sobre nosotros" (28).

Sin embargo, esto es lo que sucedió: ante Pilato, gritaron: "Non habemus regem nisi Caesarem", no tenemos más rey que al César". Y un César fue quien paradójicamente, cumpliendo las palabras del Rey Divino al que negaban, arrasó la ciudad, el templo y dispersó al pueblo.

De otra manera, pero con gran semejanza, se ha repetido la misma situación en nuestras sociedades de origen y tradición cristianas: tal como estaba predicho en el Salmo II: "quare fremuerunt gentes et populi meditati sunt inania?" Desde hace unos siglos se ha acentuado el proceso de rebelión contra el Rey Divino, Cristo y su Iglesia.

¿Por qué lo permite el Señor? Pues precisamente

porque pide que nuestra sumisión se haga no forzada sino por amor; pide nuestro amor; y el amor se ra libremente o no es amor. Jesús nos da sus mandamientos; nos anuncia que como Rey volverá majestuosamente según dijeron los ángeles en su Ascensión: "sic veniet", "así volverá" (29), y entonces juzgará a cada uno por el rendimiento de aquella "mina" de oro que ha encomendado a cada uno, para que dé el fruto de su trabajo. Pero Él además de imperarnos que le demos el crédito de esta mina, es tan bueno que ha querido sobreponer a toda obligación un vínculo de amor. Si nos deja ahora en la noche de su aparente silencio es precisamente para dar lugar a la prueba, al merecimiento y al amor; viendo en su imagen el símbolo del amor, el Corazón, así nos impulsa a devolverle amor por amor.

Por ello es obvio que al intentar dedicar y ofrecer todo el género humano al *Rey Supremo* de cielo y tierra, se asocie espontáneamente esta consagración a la consagración al *Corazón* de Jesús. La entrega al Corazón de Dios, no es acto de coacción; es acto de amor, porque amor con amor se paga.

No obstante, al pensar en esta Consagración del mundo al Corazón de Jesús, ocurre una duda, o por lo menos una pregunta: ¿no son muchos los que viven separados de Él? Hasta quienes creen en Él, no todos pertenecen a la Iglesia; y otras no creen en Él, aunque creen en Dios; finalmente no faltan quienes ni creen en Dios. ¿No hay como cierto contraste entre esta realidad y la Consagración del mundo al Señor? Ya conocemos la doctrina de Santo Tomás; ahora es Señor de todos en cuanto a la *potestad*, mien-

22. Vat. II: *Dignitatis humanae*, n. 1: Integram relinquit traditionalem doctrinam catholicam de morali hominum ac societatum officio erga veram religionem et unican Schristi Ecclesiam".

23. *Codex Iuris Canonici*, c. 752, párr. 1: "Adultus, nisi sciens et volens probeque instructus, ne baptizetur".

24. Más aún, el mismo Vaticano II reconoce (*ibid.* n. 1) la obligación que tiene todo hombre de buscar la verdad y una vez poseída, conservada; y que ésta se halla en la Iglesia Católica.

25. Pius XI, l. c., p. 117, n. 23.

26. *Ibid.*, p. 117-118, n. 23; 25.

27. *Ibid.*, p. 119, n. 30.

28. Luc. 19, 14.

29. Act. 1, 11.

tras deja a cada cual que ejerza su propia libertad escogiendo el camino del cual en su día Él juzgará, cuando ejerza sobre todos un dominio *efectivo*. No obstante, la Consagración la hacemos ahora, para este tiempo: ¿no hay como cierto contraste entre esta Consagración y la visión de un mundo que progresivamente en ciertos aspectos va como separándose de Él?

Ante esta pregunta, caben naturalmente, dos respuestas diferentes: algunos habrá que no querrán reconocer “el hecho” de la división actual de los hombres; otros en el extremo opuesto querrán establecer este hecho como si fuese “el derecho”.

Por lo que se refiere al primer aspecto, está bien clara la enseñanza de la Iglesia: la persona que yerra es también sujeto de derechos y obligaciones; “el error”, no, pero “el que yerra”, sí. El aspecto de la inmunidad “social de coacción, es el que ha sido puesto de relieve por el Vaticano II.

Pero queda el segundo aspecto, importantísimo; aspecto que querría subrayar bien, sin negar el anterior en lo más mínimo. Este segundo aspecto, es: ¿cuál es el término al que hemos de aspirar y tender?, ¿a que perpetuamente estén divididos los hombres en su fe, y por tanto la *potestad* de Cristo, supuesta esta situación, sea el único *término* de nuestra aspiración? ¿o por el contrario, es otro el término al cual hemos de tender y aspirar?

Este otro término sería: que llegue el día en que *los hombres de hecho también reconozcan en este mundo* a Jesucristo Rey, por la fuerza interna de la verdad, y que por consiguiente entonces *también reconozcan públicamente* al Señor, tanto en las sociedades, como en los Estados.

No es mi intención en este momento demostrar que este segundo caso es aquel en el cual hemos de poner nuestros ojos y nuestro corazón. Pero aunque no voy ahora a demostrar que esto es lo que hemos de hacer, no obstante voy a citar las palabras de un hombre que por su preclaramente, y por un don maravilloso, gracia mística que Dios le concedió, da un singular realce a esta tesis. Me refiero a Manuel García Morente.

Era Profesor de Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. Sus escritos manifiestan la claridad y precisión de su mente. Pero era ateo. Se había hecho una moral laica dentro de la rectitud natural de un hombre atento y correcto. El 28 de agosto de 1936 fue asesinado su yerno en Toledo. El mismo día él acababa de ser destituido por el Gobierno, de su cargo de Decano. Se fue a París y allí, en la noche del 29 al 30 de abril de 1937 tuvo lugar un hecho prodigioso: sin interven-

ción de nada que afectase a los sentidos, estuvo como de una a dos horas con la presencia de Jesucristo ante sí. Fue una conversión fulminante. Al cabo de poco tiempo se fue a Argentina; en 1940, terminada la guerra, se ordenó sacerdote en España y ocupó de nuevo su cátedra de Filosofía en la Universidad. Como discurso de apertura del curso 1941-1942 redactó su magnífica elucubración: *Ideas para una filosofía de la Historia de España*. En diciembre del curso siguiente, 1942, inesperadamente murió.

En este discurso recuerda García Morente la etapa de progresiva descristianización que va atravesando Europa y la reacción de España, al encerrarse esquivamente en sí misma, para no perder su esencia religiosa. Entonces tiene unos párrafos que se refieren a España y otros que se refieren a Europa.

Bien vale la pena transcribirlos para que pongamos en ellos nuestra atención y también los hagamos objeto de estudio y reflexión.

Estos párrafos dicen así: “Los grupos de españoles que desde hace más de cien años, venían *desesperando* del porvenir nacional eran en el fondo de sus conciencia hombres de poca, o ninguna, fe cristiana. Y si sentían temores por el porvenir de España, era porque, asociando la nación española a la religión cristiana, experimentaban la aprensión, más o menos consciente, de que el catolicismo fuese ya algo definitivamente pretérito, una especie de anacronismo histórico en el mundo, una forma de pensamiento y de vida llamada a desaparecer pronto. En un punto tenían razón estos españoles de poca o ninguna fe: en asociar íntimamente el sentimiento religioso católico con la esencia de la hispanidad. Pero en todo lo demás erraban profundamente. Sus esfuerzos por descristianizar a España presentábanse como fundados en el patriotismo; pretendían desconectar a España de la religión porque creían que el vínculo religioso era fatal para nuestra patria, a la que arrastraba en dirección contraria el rumbo de la historia moderna. Estos españoles de poca o ninguna fe no se daban cuenta de las dos tremendas equivocaciones en que incurrían.

La primera, creer que el vínculo de España con la religión cristiana puede romperse así como así, de una plumada o con unas reformas más o menos liberales de la vida nacional. No. Ese vínculo que une al catolicismo con España es algo esencial y consustancial con la persona misma de la nación. No es posible quebrantarlos sin quebrantar en igual medida la sustancia hispánica de España. Si fuera posible que España, alguna vez, dejese de ser católica, España habría dejado de ser España, y sobre el viejo solar de la Península vivirían otros hombres que ya no podrían,

sin abuso, ser llamados españoles. No, no es fácil descristianizar a España. La historia política y religiosa de todo el siglo XIX y lo que va del XX lo demuestra con harta evidencia. Y por ventura, gracias sean dadas a Dios, la vieja raigambre del catolicismo español está en los momentos actuales dando al aire en sus robustas ramas, flores y frutos nuevos de espléndido porvenir.

La segunda equivocación, también tremenda, en que incurrieron aquellos españoles de poca o ninguna fe fue creer que Europa, y tras Europa el mundo, se había definitivamente descristianizado, y que los días de la religión católica sobre el planeta estaban ya contados. Esta falsa convicción era la que les impelía a procurar que España se *européizara*, lo cual en su terminología, venía a significar que España se descristianizaría. Pero España no necesitaba, no necesitó nunca europeizarse, porque España era Europa misma, era la comarca, después de Italia, más antigua de Europa.

Ni tampoco la Europa descristianizada podía, sin abuso, tomarse como símbolo y cifra de toda Europa. La verdadera Europa es la Europa cristiana. La otra,

la del alegre libre pensamiento o la del ceñudo paganismo es una efímera degeneración. De ella sí que puede decirse, con razón, que *tiene los días contados*. Porque, en verdad, que la ola de puro espíritu religioso, cuyo nivel va por momentos ascendiendo en el mundo, ha de sepultar muy pronto en el olvido los episodios filosóficos y sociales de la descristianización de estos últimos siglos.

La Iglesia espera. Tiene ante sí la eternidad. Y su esperanza ya no ha de tardar mucho en verse superabundantemente satisfecha" (30).

Estas son las últimas palabras de García Morente. Son como el testamento espiritual de una mente preclara, que recibió la gracia extraordinaria de saborear la presencia inefable del Señor. Son su testamento espiritual.

¿Son también una profecía? Cada uno de mis lectores tiene la palabra para contestar.

30. García Morente, Manuel: *Ideas para una filosofía de la Historia de España*. Estudio preliminar de Rafael Gamba. *Bibl. del pensamiento actual*, n. 70, Madrid, Editorial Rialp, 1957, pág. 205-307. Para una biografía de García Morente, véase: Iriarte, M. de: *El profesor García Morente, sacerdote. Escritos místicos y comentario biográfico*. Madrid, Espasa-Calpe, 1953.

SAN JUAN BOSCO

N. ECHAVE

Una lección para nuestro tiempo

Los santos son un regalo de Dios al mundo. Los envía Dios con una misión especial. A través de ellos ejerce su providencia ordinaria y su prometida asistencia a la Iglesia. Así ocurrió con San Juan Bosco, enviado al mundo en los inicios del siglo XIX.

Una sociedad en el vacío

B. Bosco nació con una misión educativa. El siglo XVIII había marcado el fin de una época. Era una época lo suficientemente tranquila y estática como para permitir el desarrollo de los jóvenes sin violencias ni contrastes. La juventud forjaba su existencia con

la natural asimilación de unos valores indiscutibles. El padre y la madre se mantenían en su puesto de educadores, protegidos —o contenidos— por un orden capaz de modelar a los que se preparaban para el difícil arte de la vida. La enseñanza de la Doctrina Cristiana no encontraba seria oposición y todo el proceso educativo se concluía en un ambiente sustancialmente sereno.

La escena cambió con la Revolución Francesa. Un principio de revolución penetró en todos los ambientes. La educación sufrió también su influjo. Los ataques al orden familiar y cristiano conmovieron los pilares educativos y la educación —desde entonces— entró en crisis, se quedó sin fundamentos, se agitó en el vacío.

Se le han dado muchas vueltas al problema. Se qui-

so educar prescindiendo del orden natural y cristiano, sin tener en cuenta las perturbaciones creadas por la revolución. Se volvió a incurrir en el error pelagiano de creer a los muchachos libres de las consecuencias del pecado original. Se ha pretendido considerarlos como los únicos elementos activos de su educación...

El sentido natural y cristiano

D. Bosco caminó hacia su misión sin ser determinado por el contaminado ambiente de su tiempo. Notó el vacío educativo, la ausencia de base sólidas en las que fundar la exigencia a los jóvenes y la necesidad de reestructurarlo todo. Por eso creó un sistema, erigió unas obras y afrontó innumerable dificultades. Se sentía enviado a un mundo en crisis porque había vuelto la espalda a la Gracia y se daba cuenta de que no existía más remedio que la Gracia de Dios. Por eso los pilares de su educación no eran más que: confesión, comunión y oración.

¿Original? D. Bosco no hacía sino reemprender la norma natural y cristiana del sentido común y del amor serio de todos los padres de todos los tiempos. Don Bosco empleaba el mismo sentido natural y cristiano que había visto emplear a su madre, con tan excelentes resultados. El Santo educador no hizo sino rellenar el vacío que había creado la Revolución, actualizando y vigorizando la tradición educativa cristiana.

La tenacidad de un hombre de fe

Fiel a esta misión, tuvo buen cuidado en no dejarse influenciar por la exigencias del mundo que le rodeaba. No quiso ceder al aplauso, a las intrigas, al lenguaje del laicismo y del modernismo de su tiempo. Permaneció siempre sacerdote. Se movió entre los mu-

chachos y alternó con los nobles. Supo tratar con políticos y eclesiásticos. Llegó a ser el árbitro de las relaciones entre la Iglesias y el recién creado Estado Italiano de 1871. Se sirvió de su cultura, de su simpatía y de su gran capacidad para las relaciones sociales. Lo adaptó todo, lo utilizó todo para su misión, pero nunca alteró ni un ápice el contenido de la misma. Permaneció siempre incommovible. Llegaron a comprenderlo así los que quisieron nombrarle obispo. Fue inútil: a Don Bosco había que dejarlo como era, nunca hubiera tolerado ser desviado de su misión.

Una lección para nuestro tiempo

La lección de actualidad de Don Bosco fue la aceptar todo lo que se pueda aceptar sin convertirse en esclavo. Supo enfrentarse a los problemas de su tiempo sin olvidarse de la vocación a la santidad.

Abría así a todos los instrumentos y a todas las técnicas el honor de servir a los jóvenes y en ellos a Dios. No hacía caso de las sombras de la envidia. No buscaba la propia excelencia. No creía sino en la Gracia de Dios siempre y en todo lugar. Sabía que podía pedir sacrificios a las personas pero que nunca se podía sacrificar la verdad. Nunca intentó aprovecharse de nadie, humillar ni engañar a nadie. La humildad y la caridad le hicieron libre ante todos, siendo capaz de cambiarlo y adaptarlo todo para ser fiel a su misión. No quiso ceder a los compromisos, a los servilismos, a la debilidad y a la cobardía, al mal menor y al oportunismo doctrinario. Por eso, sin buscarlo, su figura se vio rodeada de una simpatía natural y de un atractivo espontáneo especialmente para los humildes y sencillos.

Esta inquebrantable adhesión al programa que le marcó la providencia de Dios, llevada a cabo con la sonrisa en los labios, es el ejemplo a seguir, el regalo de Dios, para los cristianos de nuestro tiempo.

RICOS AL SERVICIO DEL EVANGELICO

Se habla a veces de Cristo como si se hubiera mostrado en su trato y en su doctrina áspero con los ricos y amable y condescendiente con los pobres. Ciertamente fustigó con duras palabras las injusticias de los adinerados contra los desafortunados, puso de relieve los peligros que la riqueza lleva consigo para la salvación del alma, a los pobres predicó con predilección su divina palabra, él mismo nació y vivió pobre e invitaba a todos a prevenirse contra el atractivo que los bienes de la tierra ejercen sobre el espíritu, desviándolo del camino recto que marca la ley de Dios.

Habló contra los abusos de la riqueza, no contra la riqueza misma, que puede ser un medio que Dios pone en manos de algunos para su propia salvación y provecho de los demás. El mismo Evangelio nos ofrece ejemplos concretos de personas ricas, amigas de Cristo, que pusieron sus bienes temporales al servicio de la buena nueva.

Uno de los primeros discípulos de Jesús fue Leví, o Mateo; publicano, o empleado del fisco, que era un puesto lucrativo, como lo mostró el espléndido banquete de despedida del oficio, con que obsequió a los discípulos de Cristo y a sus colaboradores y numerosos amigos. A la invitación del Maestro, *sígueme, se levantó y dejándolo todo, la siguió.*

Entre las piadosas mujeres, que acompañaban a Cristo en su ministerio por las ciudades y aldeas de Palestina, y le servían de sus bienes, se menciona una tal Juana, mujer de Cusa, administrador del Tetrarca de Galilea, Herodes Antipas. Este Cusa, es probablemente aquel funcionario de Herodes, que acudió a Jesús pidiéndole la curación de su hijo gravemente enfermo, próximo ya a la muerte. Su petición fue atendida y Cristo a distancia e instantáneamente curó al hijo. Con este milagro aquel alto funcionario y toda su casa se hicieron discípulos de Cristo. Juana era por lo tanto de una posición social y económica elevada. Aparece más tarde entre las primeras mujeres a quienes se apareció Cristo resucitado.

La casa de Lázaro y sus dos hermanas Marta y María sirvió frecuentemente de hospedaje a Cristo. Era una familia íntimamente amiga, a la que amaba tanto, que la muerte de su amigo Lázaro le hizo derramar lágrimas. Los datos, que se desprenden del Evangelio indican que se trataba de una familia que disfrutaba de una posición económica holgada. María, en el banquete con que Simón el leproso obsequió a Cristo y a sus discípulos, se presentó con un frasco que contenía y una libra de perfume de nardo legítimo *de gran precio*, y rompiendo el frasco, derramó el perfume sobre la cabeza de Jesús, ungió sus pies y los enjugó con sus cabellos.

Zaqueo, *Jefe de los publicanos y rico*, recibió con gozo en su casa al Señor y en atención a él promete dar la mitad de sus bienes a los pobres. Mereció así oír de los labios de Jesús: *Hoy ha entrado la salvación en esta casa.*

Rico era también Nicodemo, uno de los primeros discípulos de Cristo, quien compró 100 libras de una mezcla de mirra y áloe para embalsamar el cuerpo de Jesús.

José de Arimatea, *hombre rico, miembro notable del Sanedrín, hombre bueno y justo, el cual no había dado su asentimiento a la resolución y proceder de los jueces, que condenaron a Jesús. Era discípulo, pero a ocultas por miedo a los judíos.* Con todo se presentó valientemente a Pilatos y le pidió permiso para recoger el cadáver de Jesús. Vino efectivamente acompañado de Nicodemo, descolgaron el cuerpo y le pusieron en el sepulcro nuevo que José había hecho tallar en la roca para sí mismo.

Un joven rico se acercó a Jesús y le preguntó qué tenía que hacer para salvarse. Le contestó: *Guarda los mandamientos.* El joven le dijo: los he observado desde mi infancia. Cristo le dirigió una mirada llena de cariño, y le invitó con estas palabras: *Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes y distribúyelo entre los pobres.* No rechazaba su estado de vida anterior, le invitaba a otro estado más perfecto, el de la pobreza voluntaria para seguir a Cristo más de cerca y colaborar en la expansión de su reino.

Algunas de las más hermosas parábolas, con que Cristo ilustró sus divinas enseñanzas, están tomadas de la vida doméstica o social de personas, o familias económicamente ricas, que por otro lado llevaban una vida moral irreprochable. Poco importa que no se trate de personajes históricos. Las parábolas no son fábulas o mitos. Son ejemplos o semejanzas que se fundan en la vida real de los hombres.

La parábola del fariseo y el publicano pone de relieve cómo la riqueza no es obstáculo para agradar a Dios. El publicano, recaudador de los tributos, odiado por los judíos como si se hubiese enriquecido abusando de su empleo al servicio del poder extranjero, se presenta en el templo, ante Dios en actitud humilde y penitente. *No se atrevía ni a levantar sus ojos al cielo.* Implora como pecador la misericordia de Dios. *¡Oh Dios! Ten piedad de mí, pecador.* Su oración fue escuchada y *bajó justificado a su casa* (Lc 18,9-14). Un rico agradable a los ojos de Dios.

Conocida es la parábola del hijo pródigo. Se trata de un padre de familia, labrador, que por el conjunto de datos descriptivos que nos ofrece la bella narración de S. Lucas (15, 19-32), gozaba de una posición económica desahogada. Sus bienes eran cuantiosos y su hacienda de labranza rica. La herencia que dio a su rebelde hijo menor, le permitió a éste vivir durante algún tiempo *pródigamente*, es decir, malgastando en banquetes y francachelas con sus amigos cuanto había recibido. A los jornaleros de aquella casa les sobraba el pan que recibían de su señor, ya que gozaban de un trato generoso y amable, de suerte que no les faltaba nada.

Se trataba, pues, de un padre de familia hacendado, generoso con sus hijos y jornaleros, que sabía administrar sus cuantiosos bienes conforme a la voluntad de Dios. La herida que llevaba en su corazón por la huida de su hijo menor, quedó curada con la conversión y vuelta a la casa paterna del que se tenía como muerto. *Este hijo mío había muerto y ha resucitado, se había perdido y ha sido encontrado.*

Este hacendado labrador, no sólo aparece en el Evangelio como ejemplar padre de familia, sino que en la

(Continúa en la pág. 13)



ROCIO DIVINO O LA LECHE VIRGINAL DE MARIA

(Primera poesía de Santa Teresita del Niño Jesús)
Traducción tomada de la obra "Santa Teresita del Niño Jesús 'o "Historia de un alma" editada en castellano por los PP. Carmelitas Descalzos'.

Niño de mis amores, Jesús hermoso,
Que en el materno seno miro radioso:
Dígnate revelarme todo el misterio
De trocar así el Cielo por cautiverio;
Déjame que me oculten esos cendalesc
Para que no nos vean ojos mortales;
Junto a ti, vida mía, claro lucero,
De un cielo anticipado gozar ya quiero.

Quando en oriente asoma la bella aurora,
Y el Sol de oro la tierra de luz colora;
La flor que abre su cáliz al soplo blando
El rocío del cielo toma temblando;
Es cada gota perla centelleante,
Que produce la savia, fresca, abundante;
Y al caer, como perlas, dulces licores,
Despiertan, por encanto todas las flores.

Así Tú, Niño hermoso, flor en capullo
Te despiertas al dulce, místico arrullo;
Que eres Tú, Jesús mío, botón de rosa
De la rosa más pura, la más hermosa;
De tu Madre los brazos son, entretanto,
Para Ti, cuna blanca, son tronco santo;
Y es el materno seno tu sol, Bien mío;
Y la Virgínea leche blanco rocío.

En tu mirada casta, Jesús, mi hermano,
Tu porvenir de cruces miró cercano;
De tu Madre los brazos dejar pretendes,
Y hacia la Cruz los tuyos con ansia extiendes;
Siento, más tus perfumes, embriagadores
Quando en la Cruz te miro, flor de las flores.
Cada gota de leche tan peregrina,
Gota es allí de sangre santa y divina.

Este lácteo rocío, ya en copón de oro
Es de la Santa Iglesia rico tesoro.
¡Buena envidia nos tienen en la alta esfera!
De esta rociada el ángel gustar quisiera.
Y aunque no puede hacerlo nos llama y llama,
Y como Juan Bautista: "He aquí —exclama—
El Corderillo Santo, Pan de la vida;
La leche de la Virgen aquí escondida."

El Serafín se nutre de pan de fuego,
Del amor encendido como su ruego.
Yo, parvulilla tierna, busco la hartura
En la leche cuajada tan blanca y pura.
Leche pide el infante con gran cariño;
Leche de la Eucaristía se le da al niño.
¡Oh, misterio insondable que al Cielo espanta:
leche me da la Virgen en la Hostia Santa!

AL MEDIO SIGLO

1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

XLIX

1919. - LA REVOLUCION EN ALEMANIA Y EN HUNGRIA

LUIS CREUS VIDAL

La revolución en Alemania

Desde noviembre de 1918 un formidable esfuerzo animaba al proselitismo revolucionario, que amenazaba extenderse por el mundo. La derrota de Alemania parecía preparar el terreno. Lenin y los suyos, desde Rusia, no escatimaban toda su influencia, convencidos de que una subversión profunda, en el país germano, como quizá el más avanzado en disciplina y técnica, había de revestir consecuencias mundiales.

A partir del Armisticio, la trágica posibilidad de una alianza entre una Alemania bolchevizada y Rusia, será, en definitiva, un espantajo (nada desprovisto de fundamento, sin embargo), que, en alguna forma, contribuirá a que las dos potencias anglo-sajonas se vayan mostrando relativamente más humanas y comprensivas hacia Alemania, moderando la cruel posición vengativa de Francia. Y, en el fondo, esta eventualidad habrá de influir en adelante en la política durante más de una década, buscando, con una cierta personalidad de Alemania resurgida, una salvaguardia, un cierto equilibrio continental al que, por sus pecados, Francia (eternamente "chovinista", al tiempo que más anticristiana aun que que antes) ya no podía contribuir por no constituir peso sensato del que tan necesitado se hallaba nuestro desgraciado Continente. La Francia —que tras pocos años había de volver a veleidades incluso sectarias— victoriosa con Clemenceau, en el paroxismo de su orgullo, comenzaba de nuevo, de hecho, siquiera indirectamente, a favorecer los caminos de Rusia y del Comunismo. Triste repetición de la Historia. Y no se diga —como veremos próximamente— que su tímida defensa de la nueva Polonia fue nada hecho con sentido cristiano ni europeo: fue, pura y simplemente, el fomentar hacerse con un aliado más.

Ante la evidencia de la catástrofe, Alemania había cambiado de régimen. Tras tantas privaciones, tras cuatro años de sacrificios, una inmensa decepción lle-

naba los corazones antes llenos de fanatismo patrio, y ahora propensos, por desesperación, a fanatismos, igualmente anticristianos que el anterior, pero de signo contrario. Paganismo siempre, como en toda Europa; el patriotismo justificándolo todo: cuando conviene, arrollándolo todo en honor a la Patria; cuando no, derivándolo hacia el Comunismo y toda subversión, o fomentándola, si se trata de vengarse contra los enemigos creados por el propio orgullo. No olvidemos que fue el patriotismo alemán el que, en 1917, para la grandeza de Alemania, fomentó y ayudó a Lenin y a los suyos para que éstos estableciesen el reino de la Bestia comunista, en el designio de hundir a Rusia, sin reparar en medios.

No quedaban en Alemania ni Emperador ni príncipes. Y los primeros sorprendidos eran los social-demócratas, que se hacían con un poder para el que no se hallaban preparados.

Desde el momento de la abdicación del Kaiser, los dos partidos socialistas constituyeron un consejo provisional, estableciendo el voto universal, y formándose consejos de obreros en las industrias. Parecía nacer una ola, un tanto superficial empero, de republicanismo, bajo el primer gobierno provisional de Ebert-Scheidemann.

Durante algunas semanas la autoridad de este gobierno provisional parecía no extenderse más allá de Berlín. Huelgas, insurrecciones doquier. En el Este, una total confusión, sin fronteras fijas, chocando con los polacos que proclamaban su independencia. En el Oeste y en el Sur incluso pareció, por un momento, iniciarse movimientos separatistas regresivos a los antiguos Estados pre-bismarckianos. "¡Los von Berlín!". Incluso Francia, por medio del general Mangin, llegaba a la locura de fomentar el fantasma del separatismo renano.

En el Oeste, el ejército alemán, aun cuando invicto se descomponía en su retorno: comenzaban a aparecer "consejos de soldados", al igual que "conse-

jos de obreros”: bien que en caótica lucha intestina.

La social-democracia reinante, sin embargo, en este tiempo, no tiene nada de revolucionaria, y forma el primer dique contra toda revolución al estilo ruso. Ya desde el primer momento, el presidente Ebert se inteligencia con el general Groener, sucesor de Ludendorff y por tanto cabeza suprema del Ejército, para combatir todo movimiento revolucionario. Afortunadamente, en Alemania, los sindicatos, disciplinados, contribuyeron a estabilizar un poco el sistema político, adoptando una disciplina de trabajo, y formas de sana comunidad del mismo. Era, en cierto modo, una tradición del “Arbeitsgemeinschaft”: colaboración entre el trabajo y el capital. Por primera vez vemos allí reunirse, con mentalidad sana, representantes del capital y del trabajo.

Los “spartakistas”

Pese a todo esto, el virus revolucionario no cejaba. Un terrible movimiento, el “Spartakus”, anónimo y misterioso, surgido clandestinamente en 1917 para la “liberación contra la esclavitud”, intentaba ser el núcleo de un movimiento comunista. Con su jefe Liebknecht y la gran agitadora Rosa Luxemburg, se oponía a la reunión de una Constituyente que ya se anunciaba como moderada, y proclamaba el puro marxismo.

Los socialistas hicieron como siempre: el máximo daño, que para esto parecen predestinados, con su conducta dudosa entre el Gobierno y los extremistas. Estos últimos actuaron, ya desde diciembre de 1918, en que estallaron los primeros motines organizados; apoyados (quizá imitando lo sucedido en Rusia) por los marinos sublevados de la gran Flota. Entre el 6 y el 11 de enero de 1919 —la “semana roja”— tuvieron en un brete al Gobierno en Berlín, llegando los spartakistas a la ocupación de no pocos edificios públicos y al combate en las calles. Pero, al fin, el orden comenzó a restablecerse con la muerte de Liebknecht y de Rosa Luxemburg. Por una trágica paradoja, la social-democracia ¡—como siempre—! debió, en su suprema angustia, recurrir a los tan combatidos como sufridos militares. Una vez más, como hubo de reconocer más tarde Spengler, los más elementales principios de la civilización y de la convivencia, habían de ser salvados por un piquete de oficiales.

Las elecciones constituyentes de enero permitieron dar el poder a una coalición de fuerzas moderadas, para la consolidación de la República. El básico partido

“Zentrum” (católico), adquiere entonces una importancia axial que, pese a su fragilidad, conservará hasta el advenimiento de Hitler, colaborando con cualquiera que sea capaz de asegurar el orden social. También colabora, pese a su interna debilidad, el partido demócrata, compuesto extrañamente de burgueses y de judíos.

La república de Weimar

La Asamblea nacional había sido convocada en la ciudad de Weimar por su significación histórica.

El 11 de febrero fue elegido oficialmente (ya actuaba como tal) el presidente Ebert, que siguió en tal alto cargo hasta su muerte en 1925. Excelente y probo hombre de Estado, salvó cuanto pudo. Su primer ministro, de menor talla, fue el ya citado Scheidemann, asistido principalmente por el socialista Naske y el católico Erzberger. Éste había de morir asesinado por los patriotas extremistas, que le achacaban la responsabilidad del Tratado de Versalles, por haberse visto nombrado y forzado a asistir a su imposición, en nombre del nuevo Estado.

Los desórdenes spartakistas y afines fueron especialmente graves en Baviera. El control del País escapó al jefe de su Gobierno autónomo; al mismo tiempo, un fuerte movimiento, no separatista como se ha pretendido, más si de anipatía hacia el Gobierno central de Berlín, se registraba. (Como es sabido, la República de Weimar, siguiendo la más pura tradición demócrata, resultó mucho más centralista y uniformista que lo había sido el anterior Gobierno imperial del Kaiser, tan respetuoso con las autonomías de los Estados secundarios como eran Baviera, Wurtemberg, etcétera). En 7 de abril, los spartakistas y extrema izquierda proclamaban la república soviética, pero el Ejército de Von Epp, tras fuerte lucha, restablecía definitivamente el orden el 1 de mayo. La Revolución alemana quedaba vencida.

Enre tanto, tenían lugar todas las incidencias de la aceptación del Tratado de Versalles, que ya hemos estudiado en nuestros anteriores artículos.

La revolución en Hungría

El Rey-Emperador Carlos había firmado un manifiesto en 13 de noviembre de 1918 renunciando a participar en los asuntos del Estado hasta tanto que el pueblo decidiese. Pero, en 16 del mismo mes, en el Parlamento, Miguel Karolyi proclamaba la República.

Se esperaba que, dados los conocidos sentimientos francófilos de dicho personaje, Francia vencedora protegera el desgraciado país, que siempre había proclamado querer tanto. Vana esperanza. Como hemos visto en nuestros anteriores artículos, ningún país había de sufrir tantas crueles injusticias y mutilaciones de la parte de los Aliados riunfantes como la desgraciada y noble Hungría.

Karolyi ha sido llamado el "Kerensky húngaro". Efectivamente, el 16 de enero de 1919 estallaba un movimiento comunista, favorecido por la falta de trabajo, la miseria y el pillaje, así como por la propaganda de los prisioneros que regresaban de Rusia. Su jefe era un periodista judío, asimismo exprisionero de los rusos, y hombre de confianza de Lenin: Bela-Kun.

Karolyi se vio obligado al extremo de haber de invitar a las tropas rumanas, serbias y checoslovacas de los países vecinos a venir a restablecer el orden: pero con esto, los comunistas húngaros tuvieron la excusa de poder presentarse como patriotas y liberadores del país, tras su momentáneo triunfo. Tras éste, bajo la teórica presidencia de un anciano obrero, Garbai, Bela-Kun tomó el título de Comisario de Negocios, y proclamaba la Dictadura del Proletariado. Al mismo tiempo que, para arrogarse una aureola, reivindicaba los territorios que iba a arrebatar a Hungría el Tratado de Trianon, anexo al de Versalles.

La pesadilla de Bela-Kun y su fin

Fue horrible. Por fortuna, sin embargo, esta calentura duró tan sólo 133 días, ¡que fueron bastantes! Si bien nadie podía prever, cuando terminó, que sólo diez y seis años más tarde, en 1945, había de renovarse, y, por desgracia, de un modo definitivo, tras la II Guerra mundial, al caer definitivamente Hungría bajo la órbita soviética y régimen, de nuevo, comunista. No nos podemos extender aquí en describir los pillajes, los incendios, las matanzas que significaron la tremenda tragedia de Bela Kun.

Por fortuna, en Ezégédin, aun ocupado por las tropas francesas invasoras del antiguo ejército de Franchet d'Espéry (desde Salónica), el Archiduque José,

el Almirante Horthy y el Conde Bethlen habían formado un Comité anti-revolucionario. Contaban con la ayuda de los Aliados, pero, como siempre, éstos se hallaban divididos, y argumentaban que, si entraban en Hungría para restablecer el orden, podían enfrentarse con los rusos y provocar una nueva guerra general.

Abril, mayo y junio transcurrieron entre alternativas de guerra de los comunistas de Bela Kun contra checos, húngaros blancos y serbios, ahora convertidos en yugoslavos. Y difícilmente se hubiera salido de aquel callejón, si, inesperadamente, los rumanos no hubiesen atravesado el río Tisza y en 28 de julio marchado sobre Budapest.

Así quedaba liberada la bellísima y grande capital danubiana, y en buena hora, bien que la intervención rumana, harto poco desinteresada, acarrease asimismo enormes pérdidas para la inerte Hungría, consagrando el arrebato de sus territorios, léase la de toda la Transilvania (incluida la parte racialmente magiar de tan hermoso, rico y extenso país) que ya de hecho, para serlo luego de derecho, quedó anexionada a Rumanía.

Pero, aun y a tan penible costa, era el fin.

El 1 de agosto, Bela-Kun huía a Rusia, acompañando de sus cómplices criminales.

En 6 de agosto los contra-revolucionarios proclamaban Regente al Archiduque José, y Hungría devenía, de nuevo, oficialmente monárquica, aun cuando sin rey, y, dentro de tan anómala interinidad, para largos años. Una figura, no muy clara, y de gran importancia, el Almirante Horthy, había de beneficiarse de ello como futuro Regente.

El ejemplo de Hungría dio pie a que se animaran distintos movimientos reaccionarios en otros países.

En efecto: Todos esos ensayos brutales de comunismo, especialmene los registrados en Alemania y en Hungría que acabamos de citar, habían de provocar, como reflujos, los movimientos contrarios, de tipo extremo de autoridad y de orden que en no pocos lugares se fueron registrando. Y que serían presagio, a la larga, a los dos mayores y de máxima trascendencia que había de presenciar, no muchos años después, la Historia: nos referimos al fascismo y al nacional-socialismo.

EL PROGRESISMO ANTICRISTIANO

FRAY ANTONIO DE LUGO, O. S. H.

No menos dolor que estrañeza, causa el hecho de que, en la vida intraclesial, y de cara a la Verdad, se adopten posturas ideológicas que confunden al pueblo sencillo y fiel, que sabe que, la Verdad, no tiene más que una cara. No hay una versión de la misma, contemplada por la "izquierda", y otra diferente, si se la contempla desde la "derecha". Las verdades del orden sobrenatural, reveladas por Dios, contenidas en el Sagrado Depósito de la Fe, no pueden ser objeto de un pluralismo que deforme la misma verdad. Siempre ha existido en la Iglesia, un sano pluralismo teológico, y ha prestado grandes servicios al Magisterio Jerárquico, pero, sin poner en tela de juicio el dato revelado; que es el punto de partida de la investigación teológica, a fin de esclarecer, profundizar y ampliar la verdad.

El católico, para serlo, ha de aceptar la Iglesia, tal como la fundó el Señor: incommovible, inalterable, en aquellos elementos de institución divina, siempre validos y actuales. La Iglesia, ni es nueva, ni vieja; siempre es actual; es la Única Esposa de Cristo, su Cuerpo Místico; realidad sobrenatural, misterio de fe, y además Institución visible, jerárquicamente organizada; organismo vivo, animado por el Espíritu Santo, que, constantemente la renueva y santifica, y cuya vital fecundidad, además de inagotable, es divina; pueblo en marcha, Iglesia peregrina, gobernada por los sagrados pastores, a quienes, leemos en la Escritura: "...posuit episcopos, regere Ecclesiam Dei", y que, camina hacia su plenitud en el Cielo. Sólo con la divina luz de la fe, podemos contemplar este misterio; con el resplandor de su Verdad, ilumina a los que caminamos, entre tinieblas de muerte, y a través de los signos sacramentales, establecidos por el mismo Jesucristo, nos comunica la vida sobrenatural, por la cual, entramos en íntima y misteriosa comunión a la vida divina; somos familia de Dios.

El progresismo católico, contempla con un solo ojo, el "izquierdo", las maravillas sobrenaturales que se contienen en el Sagrado Depósito de la fe; su visión es incompleta y desfigurada. De sus filas proceden, quienes presentan la versión de la nueva Iglesia; la interpretación socio-política del Evangelio; progresistas son los nuevos profetas, que hablan de liberación integral del hombre, como que hacer urgente e inmediato de la Iglesia; del amor cristiano en

una única dimensión, la humana; para quienes la oración, es sí, trato y diálogo con Dios, pero siempre y solo, a través del hombre. De esta "ala izquierda" proceden las críticas más acerbas hacia la Iglesia-Institución; las censuras agrias y sutiles, a su función magisterial, y a ecos se debe la anarquía litúrgica, que tanto daño ha hecho y sigue haciendo, a la verdadera renovación querida por el Concilio, y acogida con fidelidad por el pueblo fiel; los documentos del magisterio conciliar y pontificio, se interpretan caprichosamente, y así se comentan, o se les rodea del más respetuoso silencio; las instituciones de la Iglesia, especialmente la vida religiosa, así activa como contemplativa, son objeto de duros e injustos ataques; consideran caducadas las formas tradicionales de consagración a Dios y apuntan por nuevos cauces, hacia metas, bien sospechosas; nuevos conceptos de evangelización, liberación, salvación, etc., son engendros de la misma madre.

¡No es eso! exclaman algunos, a la vista de los resultados; hay quienes tienen la humildad y valentía de rectificar al reconocer su error; otros siguen firmes en sus posiciones extremistas; esperan, no sé que milagro, cuando lo más sensato, lo más sencillo, y hasta lo más evangélico, es recordar las palabras del Divino Maestro, "por sus frutos los conoceréis", y realmente los frutos que nos brindan, al menos, hasta ahora, son bien amargos. ¿No se ocultarán tras el adjetivo de izquierda, auténticos errores dogmáticos y morales? Quienes gustan de llamarse de "izquierdas", en lo religioso, sería muy conveniente que hicieran un profundo examen de sus convicciones; es posible que, sin darse cuenta, estén contribuyendo a la demolición de la Iglesia y sus Instituciones, que es, el último objetivo, de quien dirige la ofensiva. ¡No es eso, no es eso! exclamaban también en tiempos no muy lejanos, algunos de nuestros políticos e intelectuales, cuando contemplaban el panorama de una España deshecha, envuelta en llamas, y teñida en sangre; de ley ordinaria, se recoge, lo que se siembra.

Calificar de "extrema derecha", a los que se mantienen fieles a la fe de la Iglesia y en comunión vital con su Jerarquía, en perfecta adhesión a las enseñanzas de su Magisterio auténtico, y autorizado; a los que acepta, no sólo la verdad revelada, sino tam-

bién, la interpretación que de ella, hace la Iglesia; a los que defienden la Tradición Apostólica, como fuente de revelación, además de la Sagrada Escritura; a los que procuran adaptar su vida personal, familiar, profesional y aun política, a los principios morales, inmutables, enseñados por la misma Iglesia, alimentan su vida interior, bebiendo en las fuentes sacramentales que el Señor dejó abiertas en su Iglesia para nuestra salvación; a los que consideran un bien, la oración personal, íntima, silenciosa y la practican, como medio de unión con Dios e incremento de su vida teologal; a éstos no es justo apellidar de “derechas” ni de “izquierdas”; son católicos, apostólicos y romanos, sin apostillas y aun cuando se les llame integristas, inmovilistas, fixistas, etc., en lo doctrinal, van sobre seguro, pisan terreno firme, sin desviaciones, dudosas novedades, ni siquiera ambigüedades de lenguaje, que por desgracia, se prodigan. Aceptan cambios, los que sean necesarios, en aquellas cosas que pueden cambiar, y siempre que sean propuestos, por quien tiene autoridad en la Iglesia para ello; no se oponen al diálogo constructivo, aunque sí repudian, y con razón, los intentos de democratización a ultranza que socavan la autoridad eclesial; sobre todo, no admiten como objeto de discusión, aquellas verdades ya definidas, como dogmas de fe, y por tanto, irreversibles, irreformables, inmutables, las cuales se aceptan en fe, no se discuten; si se proundiza en su estudio y conocimiento, es para contribuir con ello, a un amor más profundo a la Verdad.

ni el Magisterio ni las orientaciones de la Jerarquía, etcétera, etc., puede conducir a engaño a quienes creen que se trata de posturas ciertamente exageradas, aunque no peligrosas y, menos aún arróneas, su nombre sería oro. Tampoco se debe, como he dicho, tildar de “derechas”, a los que mantienen íntegra, con su fe católica, la más sincera adhesión al Magisterio, a la Tradición, en una palabra, a la Iglesia, de ayer, de hoy, y de mañana.

Para terminar este artículo, parece oportuno transcribir algún párrafo del discurso del Papa Juan XXIII, el día 11 de octubre de 1962, en el acto de la inauguración del Concilio Vaticano II: “Sin embargo de la adhesión renovada, serena y tranquila, a todas

las enseñanzas de la Iglesia, en su integridad, transmitidas con la precisión de términos, y conceptos, que es gloria particularmente de los Concilios de Trento y del Vaticano I, el espíritu cristiano, católico y apostólico de todos, espera que se dé un paso adelante hacia una penetración doctrinal y una formación de las conciencias, que éste en corespondencia más perfecta, con la fidelidad a la auténtica doctrina”... El Papa actualmente reinante, Pablo VI, incansable predicador de la Verdad, no cesa de proclamarla “oportune et importune”, y aun comentarla con luminosa penetración. En muchas ocasiones, recuerda la coherencia doctrinal del Magisterio eclesial, a través de los siglos; no pierde ocasión de señalar los errores, a fin de que el Sagrado Patrimonio de la Verdad, se conserve en toda su pureza y llegue a los fieles, en su sentido genuino y auténtico. ¿Por qué no se presta más atención a las enseñanzas pontificias, y se prefieren doctrinas, malsanas, procedentes de fuentes turbias, que producen confusión y división en el pueblo de Dios?

Sabemos por la fe, que la Barca de Pedro, no se puede hundir; la presencia de Cristo, que, con su Espíritu asiste a la Iglesia, nos ha sido solemnemente garantizada, y “antes pasará el Cielo y la tierra, que sus palabras dejen de cumplirse”; esto sostiene nuestra fe sobrenatural y da firmeza al optimismo, con que hemos de mirar hacia adelante. El Señor ha permitido que, en su larga Historia, la Iglesia, haya padecido no pocas amarguras, y muchas, quizás las más hondas, causadas por sus propios hijos. Siempre se pone de manifiesto, y conviene no olvidarlo, su doble elemento: el humano y el divino. En la oración, se acrecienta la fe y se afina la caridad; con ello se hace también más profundo, más sobrenatural y a la vez, más humano, nuestro amor a la Iglesia de Jesucristo, que, como verdadera Madre, nos comunica la vida de la Gracia, a través de los Sacramentos, la robustece y la perfecciona. Huyamos de toda crítica corrosiva; contribuyamos eficazmente, con una vida santa y ejemplar; con la oración y el amor a la Cruz, al incremento de la santidad, en el Cuerpo Místico, y con ello a un notable mejoramiento de toda la sociedad humana.

ANIMOSO DESAGRAVIO CONTRA «JESUCRISTO SUPERSTAR»

LUIS CREUS VIDAL

De LA VANGUARDIA ESPAÑOLA, edición 6 de febrero de 1975, pág. 56.

“En medio de las protestas de un grupo de personas, entre ellas varios sacerdotes, ha tenido lugar el estreno nacional de “Jesucristo Superstar”, en el cine Palafox. Desde las siete de la tarde del lunes, algo más de un centenar de personas en su mayoría mujeres de edad avanzada, se reunieron frente a la sala donde se exhibía la película, expresando su disgusto por el título y los carteles del film, que consideraban irreverentes. Profirieron diversos gritos de “¡Viva Cristo Rey!”. Después de permanecer durante algunos momentos a la puerta del cine —algunos de ellos permanecieron de rodillas rezando el Rosario— los manifestantes fueron disueltos por la policía, que tuvo que utilizar las porras para dispersarlos. Asimismo se produjeron alrededor de unas diez detenciones entre hombres y mujeres, que fueron trasladados en los coches patrulla. Hasta últimas horas de la noche del estreno permanecieron varios números de la policía a la puerta del cine en previsión de nuevos disturbios”.

Hace treinta y siete o treinta y ocho años, mientras la juventud luchaba en los frentes por Dios y por España, ante un público edificado y conmovido, y las fuerzas presentando armas, menudeaban, en los fríos pueblos y ciudades de la retaguardia española, procesiones, también formadas por lo general por mujeres de edad avanzada, que desfilaban descalzas invocando a Cristo Rey.

Hoy, otras mujeres de edad avanzada —por escasez de elementos varoniles— han reivindicado los derechos imprescriptibles de Cristo Rey, siendo, como manifiesta la noticia, “dispersadas por las porras”. Pero, ¿qué ha pasado? ¿Es qué no somos los

mismos? O es que guarda esto alguna analogía con aquel desahogo de Gabriel y Galán en su inmortal “La Pedrada”, “¿somos los hombres de hoy, aquellos niños de ayer?”.

Inclinémonos ante estas mujeres que han puesto tan alto el honor de España y tan animosamente han desagraviado a nuestro divino Rey.

Un viernes de primavera también, hace veinte siglos, cuando los hombres fallaban, una pobre mujer —seguramente la calificarían de vieja, y asimismo “dispersada”—, Verónica, le limpió su divino Rostro, contra el que le habían tanto escupido, como hoy se intenta, de nuevo, una y otra vez.

CRISTIANDAD

Nuevo número de teléfono
317 47 33

Lauria, 15, 3.º - Barcelona.
Director: Fernando Serrano Misas.